



L. MARQUE  
FLORES  
MARCHITAS

2



DRPS  
FA  
716

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria  
  
0500769793



LAMARQUE  
—  
FLORES  
MARCEITAS

2



Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0716 v.2

0500769753

FLORES MARCHITAS

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE



FLORES MARCHITAS



BALADAS Y LEYENDAS

TOMO II

SEVILLA

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1882

El Alma de Garibay.  
(LEYENDA.)

## EL ALMA DE GARIBAY

## PARTE I

## I

Corre el siglo diez y ocho:  
La fé proverbial de España,  
Que prestó á elevados genios  
Inspiracion soberana;

La que guió insignes Reyes  
Á portentosas hazañas,  
Y dió para hallar un mundo  
Á Colon firme constancia;

La fé, consuelo del triste,  
Del desvalido esperanza,  
Vése, torcido su objeto,  
En fanatismo trocada.

Como aterrador vestiglo  
 El fanatismo se alza,  
 Sin que el más prudente celo  
 Detener logre su marcha;

Y á la vez, entronizándose  
 En palacios y cabañas,  
 Artes y ciencias proscribte,  
 Aliento da á la ignorancia.

Todo dulce sentimiento  
 Con ciego encono rechaza,  
 Y el corazón petrifica,  
 Y empequeñece las almas.

## II

De probidad, de ascetismo,  
 De rigidez extremada,  
 Don Diego de Garibay  
 Renombre en Sevilla alcanza.

Es cuantiosa su fortuna  
 Y egregia al par su prosapia,  
 Según rancios pergaminos  
 Que él con vivo empeño guarda:

Y, linajudo y devoto,  
 Cuando le arguyen exclama:  
 «Si en el Cielo hay jerarquías  
 ¿Por qué en la tierra negarlas?»

No su carácter sombrío,  
 Ni su vanidad sin tasa,  
 Son los únicos defectos  
 Que al soberbio hidalgo achacan;

Muchos cuéntanse más graves:  
 Hay quien vampiro le llama,  
 Pues diz que á la hacienda ajena  
 Tiende sin cesar sus garras.

Y si otros por él figuran  
 En no muy limpias hazañas,  
 Aunque oculto, al *usurero*  
 La verdad al fin señala.



Tal dicen, y que aquel hombre  
De apariencia tan honrada,  
Tiene corazón de roca  
Y negra y torcida el alma.

## III

En una mansion que honores  
Tiene de feudal morada,  
Por su extensión y el completo  
Abandono en que se halla,

Vive don Diego. Es la suya  
La más escondida estancia,  
Y la más triste y sombría  
Que pudo hallar en la casa.

Espesos muros la forman,  
Y la luz fría y opaca  
De alta ventana recibe  
Con triple reja cerrada.

Ancho sillón de baqueta,  
Negra mesa, do se alza  
De Jesús crucificado  
Imágen bella y sagrada;

Viejos sitaliales de roble,  
Angosta y humilde cama,  
Es el mueblaje que adorna  
La triste y mezquina sala.

En tan lúgubre aposento,  
Prisión, aunque voluntaria,  
Léjos del mundo, que odia,  
Don Diego la vida pasa.

No en su profundo retiro  
Por ventura se consagra  
Á las artes ó las letras,  
En honra y prez de su patria;

No las del hombre científico  
Son sus perpétuas veladas,  
Sacrificando el reposo  
De la verdad ante el ara;

Ni es la estrechez en que vive  
 Por la caridad guiada,  
 Que desdeñando á los pobres  
 Avaro sus rentas guarda.

¡La avaricia! Ella es el númen  
 En que se inspira su alma:  
 Es amontonar el oro  
 El único bien que ánsia.

Cuando á solas, en silencio,  
 Abre las ferradas arcas  
 Donde oculta sus riquezas,  
 Goza absorto en contemplarlas.

Y á la sociedad odiando,  
 De cuyo seno se aparta,  
 Á velar por su tesoro  
 Su vida entera consagra.

Que esa pasion infecunda,  
 En su mente extraviada  
 Única se enseñorea  
 Y á la perdicion lo arrastra.

## IV

Por instinto busca el hombre  
 Disculpa siempre á sus faltas,  
 Y á sí propio, muchas veces,  
 Quizás de engañarse trata.

El aislamiento en que vive,  
 Sus privaciones sin tasa,  
 Á poco amor á los goces  
 El buen Garibay achaca;

Como la conciencia, empero,  
 Sin cesar grita en su alma,  
*«Bien te puedes llamar pobre  
 Pues la caridad te falta;»*

Como sus culpas recuérdale,  
 Él, acaso, conmutarlas,  
 Falso devoto, desea  
 Con cien fervorosas prácticas.

Y de cilicios cubriéndose,  
 Ve pasar con muda calma  
 Horas sin fin, que pausado  
 El reloj de arena marca.

Así, por miedo al castigo  
 Que á los réprobos aguarda,  
 Frio ante la dicha ajena  
 Y ante la ajena desgracia;

Ocioso abdicando el puesto  
 Que el mundo le señalara;  
 Hipócrita, fiero, vano,  
 Sin amor, sin esperanza;

Imaginando que al cielo  
 Con su devocion engaña,  
 Entre temores y enconos  
 Horrible existencia arrastra.

## V

Nefanda hipocresía,  
*Homenaje que el vicio*  
*Consagra á la virtud*, odiosa eres,  
 Ya tímida aparezcas  
 Simulando bondad, ya cual modelo  
 De rigidez te ofrezcas,  
 Ocultando bastardas liviandades....  
 Empero son más negras las ruindades  
 Con que á la humana dignidad afliges,  
 Si el sacrosanto velo  
 De nuestra augusta religion eliges  
 Para encubrir indómitas pasiones.

El hipócrita audaz al cielo invoca,  
 En tanto que con pérfidas acciones  
 Las iras del Altísimo provoca.  
 Perpetuando la funesta raza

De alevos fariseos,  
 Su soberbia disfrazada  
 De la santa piedad con los trofeos.  
 Férvido culto al Hacedor ofrece  
 Mientras designios pérfidos alienta  
 De engaños, y venganzas, y traiciones:  
 Sepultura es que ostenta  
 Al exterior espléndida blancura,  
 Ocultando en su seno  
 Negra ceniza y pestilente cieno.  
 Mas no con su impostura  
 Al Juez Eterno á deslumbrar alcanza;  
 La suma Omnipotencia,  
 Que dió á la humanidad libre albedrío  
 Y premia la virtud y la inocencia,  
 Justa expiacion tendrá para el impío.

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE II

#### I

Grato es cuando en antro oscuro,  
 Amenguando la tristeza  
 Y calor dando á la atmósfera,  
 Un rayo de sol penetra.

Rayo es de sol apacible  
 Que la lobreguez amengua,  
 Tierna hermana del hidalgo  
 Que en su morada se alberga.

En viudez temprana hallóse  
 Doña Justa, y, siendo aún bella,  
 Sombra ansió que la salvara  
 De la audaz maledicencia.

Garibay nególe asilo;  
Mas octogenaria dueña,  
Única que á su aposento  
Tiene de llegar licencia,

Y severo sacerdote,  
Hiciéronle que acogiera  
Á la mísera, que en vano  
Llamaba humilde á su puerta.

## II

En limpia estancia que adornan  
Graciosos muebles, y ostenta  
Flores que el aire enbalsaman,  
Aves que trinan risueñas,

La bella y noble viuda  
Laboriosa el tiempo emplea  
En cien delicadas obras  
Que su buen gusto revelan.

Ó bien por calmar su espíritu  
Toca el clave, ó ya discreta  
Al papel, aunque en secreto,  
Confía dulces endechas.

Y es feliz, y son dicho sos  
Al par cuantos la rodean,  
Que ella para todos tiene  
Frasas de dulzura llenas.

Así goza de la vida,  
Y sin que arrastrarla puedan  
Fanáticos desvaríos,  
Es católica perfecta.

Que ama á Dios, sus leyes sigue,  
Y casta, digna, modesta,  
Fé, caridad y esperanza  
Lleva siempre por emblema.

## III

La primavera sonrie:  
 En apacible mañana,  
 Pausada acércase Justa  
 De Garibay á la estancia.

No logra adusto su hermano  
 En su designio arredrarla;  
 Á su lado toma asiento  
 Y así risueña le habla:

JUSTA.

¿Por qué pasas la existencia  
 En esta cárcel sombría  
 Y en tan dura penitencia,  
 Hermano del alma mía?  
 Dios por nosotros de flores  
 Dió á los valles rico manto:

¿Y desdeñas los favores  
 Del Hacedor Sacrosanto?

Esa vega encantadora,  
 El pueblo de bellas aves  
 Que saludan á la aurora  
 Con trinos dulces ó graves;

La clara antorcha [que inunda  
 De vida y luz el ambiente  
 Y en el suelo abre fecunda  
 De abundancia eterna fuente,

¿No dicen al sér humano  
 «Acepta el bien que te envía  
 La sábia y potente mano  
 Que al sol y al átomo guía?»

Deja, pues, esta clausura  
 Que al alma aflige y aterra:  
 Vén, gocemos la ventura  
 Que Dios derrama en la tierra.

GARIBAY

Bienes sin cuento me pintas,  
 Dicha que en la tierra existe....

Luzbel de formas distintas  
 Para incitarnos se viste.  
 ¡Tentaciones! ¡Tentaciones!  
 ¡Mal espíritu te guía!  
 No turbes mis devociones;  
 Aléjate, hermana mía.

## JUSTA

Si admirar aún más la alteza  
 De Dios tu mente ambiciona,  
 Mira al genio en su grandeza  
 Conquistar áurea corona.

Ve la ciencia, sol brillante  
 De verdad que al mundo alumbra;  
 El talento que, triunfante,  
 Sobre la tierra se encumbra.

El timbre mira de gloria  
 Que en la ilustracion destella,  
 Y bendice su victoria,  
 Que á Dios bendices en ella.

## GARIBAY

¡Ciencia! ¡Ilustracion! ¡Talento!...  
 ¿Qué son las glorias mundanas?  
 Humo que arrebató el viento,  
 Locura, ilusiones vanas.  
 ¡Tentaciones! ¡Tentaciones!  
 ¡Mal espíritu te envía!  
 No turbes mis devociones;  
 Aléjate, hermana mía.

## JUSTA

¡Quién alentar consiguiera  
 Ese espíritu sombrío,  
 Y que en amor se encendiera  
 Tu corazón siempre frío!  
 Elige una esposa honrada  
 Que, nuncio de almo consuelo,  
 De ángeles bellos cercada  
 Te muestre en la tierra el cielo.  
 No con tu fervor te escudes,  
 Dicha y devoción concilia,

Que es fuente de altas virtudes  
El amor de la familia.

Amor puro, que embellece  
Del humano la existencia;  
Bien el más alto, que ofrece  
La Divina Providencia.

GARIBAY

¡Amor! ¡Satanás te envía!  
¡Tentaciones! ¡Tentaciones!  
¡Detén esa lengua impía,  
No turbes mis devociones!

JUSTA

Elige, pues, fiel amigo  
Que, con noble sentimiento,  
Goce en las dichas contigo  
Y en las penas te dé aliento.

GARIBAY

¡Amigos! ¿Quieres que fie  
En los hombres, insensata,

Y que de Dios me desvie  
Por la humanidad ingrata?

JUSTA

De la amistad no en ofensa  
Te encones. Con sus bondades  
Un buen amigo compensa  
De otros cien las deslealtades.

¡Amistad! Ella es la egida  
Que defiende nuestra calma;  
Es vida de nuestra vida,  
Es alma de nuestra alma.

¡Y tu conciencia sosiego  
Halla en frías oraciones!  
¿Qué puede alcanzar el ruego  
De un alma sin afecciones?

GARIBAY

¡Basta ya! Detén la lengua  
Que á proferir tal se atreve:  
No de mi fervor en mengua  
Juzgues humillarme aleve.



¡Amigos! ¿Dó están? ¡Locura!  
 ¿Entre esas turbas menguadas,  
 Que entre el vicio y la impostura  
 Van al Orco encaminadas?

JUSTA

¡Todos sufrir tal castigo!...  
 Y aún admitiendo tu idea,  
 Bueno es tener un amigo,  
 Aunque en el infierno sea.

GARIBAY

¡Huye! ¡Satanás te inspira  
 Esos consejos fatales!  
 No á excitar mi justa ira  
 Pises más estos umbrales.  
 ¡Huye!

JUSTA

Tu mandato sigo,  
 Mas no deseches mi idea.  
 ¡Feliz quien halla un amigo,  
 Aunque en el infierno sea!

Calló Justa, y desde entónces  
 En el salon, en la mesa,  
 Donde quiera que un instante  
 Ámbos hermanos se encuentran,

Garibay hosco la mira,  
 Y ella murmura risueña:  
 «Bueno es tener un amigo,  
 Aunque en el infierno sea.»

Y tanto ya repitiólo,  
 Que son las frases aquellas  
 El habitüal saludo  
 Que con el hidalgo emplea:

Y á solas el triste escucha  
 Sin cesar en su alma inquieta:  
 «¡Feliz quien halla un amigo,  
 Aunque en el infierno sea!»

## IV

Jamás óyese en vano  
De la santa verdad la voz amiga;  
Quizá el error insano  
Al hombre ciego á desdeñarla obliga.

Mas nunca el pensamiento  
Del escéptico elévase ya en calma,  
Si el infalible acento  
Logró llegar y conmover su alma.

No falsa indiferencia  
De implacable ansiedad su mente libra,  
Que, eterno en la conciencia,  
Poderosa verdad, tu acento vibra.

Así la voz don Diego  
De su hermana olvidar ya nunca puede,  
Y si á su dulce ruego  
Con negro encono por su mal no cede,

Á su pesar la escucha,  
Oculto afan su corazon oprime,  
Con su avaricia y su soberbia lucha,  
Mas triunfa el mal, y esclavizado gime.

# EL ALMA DE GARIBAY

## PARTE III

### I

Hay un notario en Sevilla  
De condicion algo aviesa,  
Y su no limpia conducta  
El pueblo asaz vitupera.

No ocurre siniestro alguno  
Que, con razon ó sin ella,  
La culpa toda no lleve  
El triste Rodrigo Gestas.

Á tan notoria injusticia  
Él más y más se envenena,  
Y vulgo y letrado viven  
En enemistad perpétua.

### II

Con triste són las campanas  
De pronto el espacio atruenan:  
«¡Fuego, fuego en los archivost!»  
La multitud grita inquieta.

Al punto cien maliciosos  
Exclaman con voz siniestra:  
«Tal vez causa de tal daño  
La casualidad no sea:

Documentos infinitos  
Esos estantes encierran:  
¿Habrà tal vez quien anhele  
Que alguno desaparezca?

El fuego es medio seguro  
Que el hecho encubrir pudiera.  
¿Realizar tan ruin designio  
Habrà conseguido Gestas?»

«¡Él es, él es!» gritan otros  
 Dando vida á tal sospecha,  
 Y amotinando á la plebe  
 Por la ciudad se dispersan.

## III

De Garibay á la estancia  
 Un rumor lejano llega,  
 Y él, asustado y medroso,  
 Á la ventana se acerca.

Desde allí ve el negro humo  
 Que á los espacios se eleva,  
 Y oye que en tumulto gritan:  
 «¡Muera el incendiario! ¡Muera!»

Á poco un hombre en la calle  
 Azorado se presenta:  
 Lleva el cabello erizado,  
 Su faz terror manifiesta.

Sin tino corre, y al verlo  
 Hácia él las manos eleva;  
 Tal, convulso, murmurando  
 Con afanosa impaciencia:

«Buen hidalgo, dadme auxilio;  
 Calumniado me condenan,  
 Y moriré si no puedo  
 Hallar quien me favorezca.»

De la ventana alejándose  
 Garibay así se expresa:  
 «No le abrais: busque otro albergue  
 Adonde acogerlo puedan.»

Empero Justa, indignada,  
 Mira á su hermano, y resuelta,  
 Con el valor que á los pechos  
 La caridad santa presta,

Baja desalada al patio  
 Sin que logren detenerla,  
 Descorre triples cerrojos  
 Con inusitada fuerza,

Entrar hace al perseguido,  
 Veloz cerrando la puerta,  
 Y volviendo ante su hermano  
 Exclama firme y severa:

«De este infeliz vida y honra  
 Están en tus manos puestas:  
 No á ser delator te humilles;  
 Sin mancha tu honor conserva.»

Álzase el hidalgo al punto,  
 Y, aunque adusto, al hombre lleva  
 Á retirado aposento,  
 Adonde oculto lo deja;

Y ante las airadas turbas,  
 Que ya su casa rodean  
 Y al incendiario demandan,  
 Impávido se presenta.

Los murmullos un instante  
 Acállanse á su presencia,  
 Y él, nuevo aliento cobrando,  
 Exclama con voz entera:

«¡Ay de aquel que estos umbrales  
 Osado á pisar se atreva!  
 ¡Atrás! ¡Que inviolable á todos  
 Mi noble morada sea!»

Tal decision, y su nombre,  
 De rigidez y firmeza,  
 Al vulgo respeto inspiran,  
 Que en silencio se repliega;

Y la multitud á poco  
 Murmura y al par se aleja:  
 «Salvóse, y á Garibay  
 Es deudor de la existencia.»

## IV

Donde oculto está su huésped  
 Despues el hidalgo llega,  
 Y sin usar circunloquios  
 De este modo ante él se expresa:

«Señor notario, mañana,  
 Antes que el alba amanezca,  
 Os disfrazais con mi ropa  
 Y partís en mi litera.

Aceptad este bolsillo,  
 Que mil ducados encierra,  
 Adios quedad: él piadoso  
 En vuestra ruta os defienda.»

Un bolsillo, así diciendo,  
 Coloca sobre la mesa,  
 Y apresurado se vuelve  
 Sin aguardar la respuesta.

## V

Taciturno Garibay,  
 Cual siempre, en su estancia entra;  
 Mas un bien siente su alma  
 Que él á explicarse no acierta.

Sus pensamientos sombríos  
 Tal vez un momento cesan,  
 Y de allí á poco murmura,  
 Con la faz algo risueña:

«Salvélo, ¡pardiez! Acaso  
 Será algun bribon de cuenta,  
 De esos que Pedro Botero  
 Ha de asar en sus calderas.

Mas, pues lo dice mi hermana,  
 Repetiremos con ella:  
*Bueno es tener un amigo  
 Aunque en el infierno sea.»*

## VI

Espíritu invisible, que aliento das al alma;  
 Sagrado ángel custodio, que inspiras siempre el bien,  
 Y, nuncio de ventura, brindando eterna palma,  
 Señalas á los justos las puertas del Eden;

Que arrullas de la infancia los sueños celestiales,  
 Que templas las pasiones de ardiente juventud,  
 Y, antídoto seguro, presentas á los males  
 De nobles atractivos colmando á la virtud:

Espíritu que truecas en dichas los dolores,  
 Que sabes, si angustiados y exánimes nos ves,  
 Las sendas de la vida cubrir de bellas flores,  
 De flores sin espinas, que hieran nuestros piés;

Espíritu invisible, tú gozas cuando cede  
 El hombre á tu benigna y oculta inspiracion;  
 Y sufres si ignorante se rinde al mal, y puede  
 Estéril á tu influjo quedar su corazon.

Así de Garibay dichoso el noble anhelo  
 Miraste, que un momento condújole hácia el bien,  
 Y diste á su alma inquieta suavísimo consuelo,  
 Abriendo á su esperanza las puertas del Eden.

Imágenes rientes, de célica dulzura,  
 Vinieron sus ensueños benignas á poblar:  
 ¿De nuevo, acaso, en sombras de horror y desventura  
 Envuelto el triste hidalgo veráse al despertar?

Espíritu invisible, sagrado ángel custodio,  
 ¿Qué importa que en albricias aliento á su alma des,  
 Si en ella sin descanso oculto vela el odio,  
 Y el odio, de sus penas eterno origen es?

Mañana, ¿venturoso huirá del egoismo  
 Á nobles sentimientos abriendo el corazon,  
 Ó acaso verá al soplo de helado escepticismo  
 Extintos los destellos de santa inspiracion?

¡Oh! Tú que el buen camino un punto le señalas,  
 ¿Por qué su sueño espías con muestras de pesar?  
 ¡La faz al suelo inclinas plegando al par tus alas!...  
 ¡Con qué tristeza aguardas que torne á despertar!...

# EL ALMA DE GARIBAY

## PARTE IV

### I

Epidemia asoladora  
 Á la ciudad amenaza;  
 Ya á sus hábitos impuros  
 Tiende la muerte sus alas.

Ya elige víctimas ciento,  
 Aprestando su guadaña;  
 Rechazarla en vano intenta  
 La multitud angustiada.

Ella triunfante prosigue  
 Burlando toda esperanza,  
 Y terror y hondos pesares  
 Reinan al fin en las almas.

### II

Temerosa Justa llega  
 De Garibay á la estancia,  
 Y así, con voz conmovida,  
 Á su adusto hermano habla:

«Un pueblo todo atribulado gime;  
 Á tí acudo en su nombre, buen hermano;  
 No aliento en la amargura que lo oprime,  
 Pueda al dichoso demandar en vano.

Extiéndense mortíferos vapores,  
 Lúgubres ayes por doquier se escuchan....  
 Templemos compasivos los dolores  
 De los que tristes con la muerte luchan.

Sin amparo sucumbe la indigencia,  
 Cien huerfanitos desvalidos lloran....  
 ¿Quién oye con helada indiferencia  
 La triste voz de los que auxilio imploran?



No te pido que anheles por tí mismo  
 Alivio dar al que doliente espira;  
 La abnegacion que lleva al heroismo  
 No se adquiere en la tierra, Dios la inspira.

Mas la fortuna te ofreció sus dones:  
 Ya que el cielo te niega descendencia  
 Y no abrigas amantes afecciones,  
 Abre tu corazon á la clemencia.

Abre tu corazon, hermano mio,  
 Que en la más pura caridad se inflame;  
 Abandona un momento tu desvío,  
 Que tu diestra en redor bienes derrame.

Eres rico: feliz, pues un tesoro  
 En ocasion tan angustiosa guardas:  
 ¿Qué destino mejor dieras al oro?...  
 ¿No atiendes á mis ruegos? ¿Por qué tardas?»

Mírala Garibay con duro ceño,  
 Á otro lado la faz torna impaciente,  
 Murmurando feroz: «¿Hay tal empeño?  
 ¡Temeraria mujer!... Está demente.»

## III

Gime la dama y á sus piés se postra,  
 Mostrando de su pecho la ansiedad;  
 Unidas alza sus convulsas manos,  
 Y así le dice con creciente afan:

«No me alejes de tí desamparada,  
 No al bien tu corazon puedas cerrar....  
 En nombre de los míseros que gimen  
 Una limosna dáme por piedad.

Ya el pueblo todo presuroso acude,  
 Sosten y abrigo al moribundo da;  
 Tu óbolo es el que falta, hermano mio,  
 Un óbolo demando por piedad.»

«¡Basta de farsa ya!--grita el avaro—  
 Vana procuradora de Satan:  
 ¡Basta! repito, déjame que pueda  
 Mis oraciones proseguir en paz.»

Sin ira, mas con firmeza,  
Justa del suelo se alza:  
«Guarda—le dice—esos bienes  
Que con tal delirio amas.

Nombróme su medianera  
Hoy el pueblo en su desgracia,  
Socorros brindé en tu nombre,  
Contraje deuda sagrada;

Mas yo sabré redimirla,  
Que, si riquezas me faltan,  
Iré á rendir mi existencia  
De la caridad en aras.

La limosna que me niegas  
Hoy mi vida satisfaga;  
Guarda, pues, guarda ese oro  
Que con tal delirio amas.»

Y macilento el avaro  
La vió salir de su estancia,  
Sin que un rayo de aquel fuego  
Iluminase su alma.

## IV

Ya no doblan por los muertos  
Las campanas de la iglesia,  
Que el pueblo quiere que á nadie  
Con su clamor entristezcan.

Mas tal silencio ¿qué importa,  
Si lúgubres, donde quiera,  
Ayes de dolor se escuchan,  
Ecos de muerte resuenan?

## V

Es de noche: densas nubes  
Unidas el éter pueblan,  
Cual si aumentar anhelasen  
La lobreguez y tristeza.

En su dilatada estancia,  
Do rumor ninguno llega,  
Solitario, como siempre,  
El fiero hidalgo se encuentra.

Ante una mesa sentado,  
Donde su luz macilenta  
Derrama triste bujía,  
Inmóvil medita ó reza.

Y al ver sus manos cruzadas,  
Su frente inclinada á tierra,  
Su compungido semblante,  
Que oculto fervor revela,

Por un santo le tendria  
Todo el que ignorar pudiera  
La crueldad y el egoismo  
Que en aquel alma se encierra.

## VI

De una tormenta lejana  
Retumba pausado el eco,  
Y al par ábrese la puerta  
De aquel lúgubre aposento.

Garibay alza la frente  
Y ve con mudo recelo  
Que su dueña octogenaria  
Á él se acerca á paso lento.

«¿Qué quieres?» le grita, y ella,  
La vista fija en el suelo,  
Llora y nada le responde:  
¡Cuánto dice aquel silencio!

«¿Qué quieres, pues?» Garibay  
Airado grita de nuevo,  
Y entre sollozos la anciana  
Murmura con triste acento:

«Justa, señor....» «¡No la nombres!»  
 Grita el hidalgo soberbio.  
 «Vuestra hermana....» «¡Calla, digo!»  
 «En verdad, mucho lo siento,

Mas es fuerza lo sepais....  
 Señor, vuestra hermana ha muerto.»  
 Callan entrámbos; á poco  
 Habla la dueña de nuevo:

«Ella fué para los pobres  
 Ángel bajado del cielo:  
 En la morada en que alberga  
 La piedad á los enfermos,

Incansable noche y dia  
 Volaba de lecho en lecho;  
 Oro no tengo, exclamaba,  
*Pero mi vida os ofrezco.*

Y al repartir cariñosa  
 Los más hábiles remedios,  
 Enfermera de las almas,  
 Á todos daba consuelo.

¿Por qué robó la epidemia  
 Joya de tan alto precio?  
 Mariposa que tus alas  
 Quemaste en tan noble fuego,

Ángel que al cielo volviste,  
 ¡Ya nunca más te veremos!»  
 Dice, y solloza afligida.  
 Garibay guarda silencio,

Y sus contraídos labios,  
 Sus ojos fijos y secos,  
 Rencor oculto revelan  
 Más que amargo sentimiento.

«Ella lo quiso,» murmura  
 Al fin con tono siniestro;  
 «Ella lo quiso, atrevida  
 Mis palabras desoyendo.

Escucha bien, que lo ha dicho  
 El saber grande y eterno:  
*Todo el que el peligro ama*  
*Al fin en él....»* «¡Detenéos!

¡Qué interpretación, Dios mío,  
Dais á los sagrados textos!  
Señor, ved que vuestra hermana  
Fué una santa.» «Y sin aliento

Buscaba mundanas dichas,  
Olvidando al Juez Supremo.»  
«Aunque tal fuera, su muerte  
Le abre las puertas del Cielo.»

«Vanidades insensatas  
Á tal fin la condujeron:  
Quiso con la hacienda mia  
Ostentar desprendimiento:

Neguéme; quizá en venganza  
Buscó el lugar de más riesgo....  
Corriste, hermana, á la muerte;  
¡Dios perdone tu despecho!»

Tal dice: á su voz responde  
Ronco, prolongado trueno,  
Y la dueña, santiguándose  
Huye, y temblando de miedo.

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE V

#### I

Vicio que en los tiernos años  
Digna correccion no encuentra,  
Con la edad se arraiga y crece  
Y no hay quien cortarlo pueda.

Anciano es ya Garibay,  
Quizá á la tumba se acerca,  
Y aún funda toda su dicha  
En contemplar sus riquezas.

Áun sigue hacinando el oro,  
Vive en continua abstinencia,  
Y, misántropo, cual nunca  
Severo á todos se muestra.

En vano, al ver su abandono,  
 Los parientes que le restan  
 Hacer más gratas sus horas  
 Compadecidos anhelan:

Él, desconfiado y frío,  
 Presto de sí los aleja,  
 Y maldice de los hombres  
 Cerrando á todos sus puertas.

La imágen del *Orco* en tanto  
 Aún más cada vez le aterra,  
 É incansable multiplica  
 Sus horribles penitencias:

Que sólo al ver que el ayuno  
 Va aniquilando sus fuerzas,  
 Y que férreas disciplinas  
 En sus carnes se ensangrientan,

Es como acallar consigue  
 Los temores que le arredran;  
 Juzgando, acaso, que engaña  
 Así á la Justicia eterna.

## II

Solo, cual siempre, el hidalgo  
 Siente que su fin se acerca:  
 De la muerte el frio aliento  
 Circula ya por sus venas.

Convulso arrástrase entónces  
 Á do guarda sus riquezas,  
 La ferrada tapa abre  
 Y extasiado las contempla.

De improvviso extrañas sombras  
 En su espíritu se elevan,  
 Imágenes olvidadas  
 En su corazon despiertan:

El fin temprano de Justa  
 Con mudo pavor recuerda,  
 Y la vista de aquel oro  
 Le mortifica y aterra.

Su crispada mano, empero,  
Esconde entre las monedas:  
Abarcarlas todas quiere,  
Se siente morir, y tiembla.

La faz inclina, y sus labios  
Temblorosos balbucean:  
«Nadie gozó de mis bienes;  
Sólo tú, Rodrigo Gestas.

Te disfracé con mi ropa,  
Te concedí mi litera,  
Te salvé la honra y la vida,  
Te socorrí con largueza....

Hermana, hermana, mi mente  
Bien tus palabras recuerda:  
*Bueno es tener un amigo  
Aunque en el infierno sea.»*

Dice, y espirar sintiéndose,  
Auxilio pedir intenta....  
Es tarde, la voz le falta,  
Desplomado cae en tierra.

Mas la imágen del castigo  
Áun viva en su mente impera,  
Y ánsia en tan supremo instante  
Proseguir sus penitencias.

Anciano escudero, en breve  
Frio cadáver lo encuentra,  
Con el rostro descompuesto  
Y oprimiendo con gran fuerza  
Oro en la derecha mano,  
Cilicios en la siniestra.

## III

Señor, si al hombre diste  
De la razon la llama bienhechora  
Y el bien y el mal á su eleccion pusiste,  
¿Por qué horror á la vez no le infundiste  
Al mal que lo aniquila y lo desdora?

Por senda extraviada  
 Sigue quizás desatentado y ciego;  
 Vése á sus piés la dignidad hollada,  
 Y sordo al grito de la fé sagrada,  
 Lo es de su propio corazon al ruego.

Y sufre el yugo insano  
 Del delito hasta el fin de su existencia.  
 ¡Él que tu imágen es!... ¡Profundo arcano!...  
 Mas su ruego postrer no será vano,  
 Que infinita, Señor, es tu clemencia.

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE VI

#### I

No el moderno espiritismo  
 En verdad es cosa nueva;  
 Fué en época no distante  
 Universal su creencia.

¿Quién no escuchó, por ventura,  
 Las que las ancianas cuentan  
 Extrañas apariciones  
 De tristes almas en pena?

Como fosfóricas luces,  
 De la noche en las tinieblas,  
 Vióselas del campo santo  
 Alzarse tenues y lentas:



Se las miró en esas horas,  
De vagos misterios llenas,  
En que acaso el que no duerme  
Medita, padece ó reza,

Abandonar los sepulcros,  
Cruzar llanuras y selvas,  
Recorrer de las ciudades  
Calles y plazas desiertas,

Y rondar, rondar pausadas  
Por las mansiones aquellas  
Que de sus pasados yerros  
Perennes testigos fueran.

El mísero que á tal punto  
Por su mal llegaba á verlas,  
Escuchaba de horror lleno  
Ayes de mortal tristeza,

Que al rumor del viento unian  
Sus plegarias lastimeras,  
En demanda de sufragios  
Que aminorasen sus penas.

Tal fué de seres sin cuento  
En otra edad la creencia:  
La fé y la razon clamaban  
Contra estas vanas quimeras.

Mas ¿cómo parar su vuelo  
La imaginacion inquieta,  
Que ilusiones extravian  
Y el error y el miedo ciegan?

## II

Trascurre Noviembre. El barrio  
Más extraño de Sevilla,  
El que tradiciones guarda  
Que áun al pueblo atemorizan,

Ahora con nuevo suceso,  
Que del vulgo en las hablillas  
Grandes proporciones toma,  
Profundo terror inspira.

Allí la mansion se halla  
 Donde el hidalgo vivia,  
 Donde su extraña existencia  
 Cortó muerte repentina.

De su fin circuló en breve  
 Por la ciudad la noticia,  
 Y evócase su memoria  
 Entre opiniones distintas.

Por su devocion algunos  
 Santo quizás le apellidan;  
 Otros réprobo le llaman  
 Al recordar su avaricia.

Quién dice que fué modelo  
 De rectitud; quién replica  
 Que veló siempre sus hechos  
 La más negra hipocresía;

Mas lo que muchos unánimes,  
 Aunque en queda voz, afirman,  
 Es que en redor de los muros  
 De la iglesia, ántes mezquita

De Santa Cruz, su alma en pena,  
 Que impalpable aparecia,  
 Cual aterrador fantasma  
 De algunos llegó á ser vista;

Añadiendo los más *doctos*  
 Que acaso debe contrita  
 Vagar miéntras el cadáver  
 Sepultura no reciba.

Tal es la historia que absorto  
 Al pueblo tiene en Sevilla,  
 Y es con tan gran insistencia  
 Y tal afan repetida,

Que aún los más sensatos sufren  
 Vaga inquietud al oirla,  
 Y, aunque su temor velando,  
 De Santa Cruz se retiran.

## III

Es de noche: opacas nubes  
 En el ancho espacio giran,  
 Y de tormenta lejana  
 El eco pausado vibra.

Por el complicado dédalo  
 Que en revueltas infinitas  
 Forman las estrechas calles  
 De la triste *Judería*,

Ni un solo acento se escucha,  
 Ni un sér humano transita.  
 Cerradas con gran cuidado  
 Las puertas todas se miran;

Reina oscuridad profunda,  
 Sólo acaso interrumpida  
 Por la luz de algun retablo  
 Que el húmedo viento agita:

Mas tras las múltiples vueltas  
 De las tenebrosas vías,  
 En una mansion frontera  
 Á la iglesia ántes mezquita,

Por reja que al suelo toca  
 Salir viva luz se mira;  
 Luz, empero, que al mostrarse  
 Más que alegre atemoriza.

Luenga estancia allí aparece,  
 De negros paños vestida,  
 Y al frente gran crucifijo  
 En dosel de argentería.

Entre amarillos blandones,  
 Alzado en negra tarima,  
 Garibay tendido vése  
 Y horror su semblante inspira.

No vela su postrer sueño  
 El amor de la familia;  
 Solo el mísero se encuentra,  
 Solo en muerte como en vida.

Los que asalariados guardan  
Su mansion, durante el dia  
Pudieron junto al cadáver  
Mostrarse con faz tranquila;

Mas presto al cerrar la noche  
De allí el miedo los desvia  
Y en bien lejano aposento  
Juntos rezan ó dormitan.

La lluvia azota la reja,  
El viento ruje ó suspira,  
Y las funerarias luces  
Con tenue rumor oscilan.

Reina allí tan muda calma,  
Soledad tan inaudita,  
Que aquella mansion de muerte  
En tal hora parecia  
Por el mundo abandonada  
Y por el cielo maldita.

## IV

Acompasado resuena  
El toque triste de ánimas,  
Y apénas el postrer eco  
Deja escuchar la campana,

En silencio se deslizan,  
Cual impalpables fantasmas,  
Hombres que velando el rostro  
Las lóbregas calles pasan.

De la casa mortuoria  
Una encuéntrase inmediata,  
Que entre escombros aparece  
Há tiempo deshabitada.

Pronto los enmascarados  
Los rotos muros asaltan,  
Sin que nadie allí aperciba  
Ni el rumor de sus pisadas.

## V

Ántes de mediar la noche,  
De la abandonada estancia  
Donde pasó Garibay  
Su existencia solitaria,

Misteriosos personajes  
Posesionados se hallan,  
Que entre sí frases diversas  
En quedos murmullos cambian.

De sorda linterna, en breve,  
Á la claridad opaca  
El aposento examinan  
Con ansiedad bien extraña.

Aquel reducido espacio  
De muerte al ánimo habla;  
Del difunto allí en desórden  
Vése la mezquina cama,

Y respírase ese ambiente  
Pesado, horrible, que exhalan  
Desiertas habitaciones  
Adonde la vida falta.

En tanto, con mayor fuerza  
La tempestad se desata;  
Á los gemidos del aire  
Roncos truenos acompañan.

Nada, empero, á los bandidos  
Detener puede en su marcha;  
El objeto aquellos hombres  
Ven al fin de su esperanza.

Con presteza inconcebible  
Fuertes cofres descerrajan,  
Uno, dos y mil paquetes  
Sin rumor ninguno sacan.

«¡Es oro, es oro!» repiten,  
Y con tal afán lo guardan,  
Que su ligereza suma  
Obra parece de magia.

El que allí á los otros guía  
 Con tono de mofa exclama:  
 «En buen hora, hidalgo, fueron  
 Tus privaciones sin tasa:

De la indigencia en buen hora  
 Sordo fuiste á las plegarias,  
 Tesoros acumulando  
 Para premiar nuestra audacia....

¿Qué más dignos herederos  
 Hallar la avaricia aguarda?  
 Garibay, que en la otra vida  
 Halles sempiternas gracias.»

Tal dice. Brilla un relámpago,  
 Ronco trueno al par estalla;  
 Hasta en sus hondos cimientos  
 Temblar siéntese la casa;

Mas sin dejar los bandidos  
 Sus riquezas codiciadas,  
 Rápidos, la faz cubriéndose,  
 Desparecen cual fantasmas.

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE VII

#### I

Amor, tú eres la llama  
 Que anima la creacion. Tú, pura fuente  
 Eres, que dicha sin igual derrama,  
 Brindando salvacion en su corriente.  
 Tú eres sello de Dios. En vano el hombre,  
 Manchando tu decoro,  
 La liviandad y el vicio, en su desdoro,  
 Velar anhela con tu excelso nombre:  
 La indómita pasion anhela en vano  
 Cubrirse con tu célico atavío....  
 ¡Qué distancia!... tu aliento soberano  
 El mal en bien convierte,  
 El sentimiento humano diviniza;

Mas ella, con sus hábitos de muerte,  
 El genio y la virtud esteriliza.  
 Amor, eres la luz de la existencia;  
 Ya afecto conyugal te llame el hombre,  
 Ya fraternal cariño te apellides,  
 Ora de caridad lleves el nombre;  
 Potente al bien presides,  
 Á la virtud sagrada fortaleces,  
 Alivio en tí la desventura alcanza,  
 Y sin cesar ofreces  
 Sueños de paz y dicha y esperanza.  
 ¡Triste el alma que ciega  
 Rechaza tu influencia bienhechora  
 Y tu poder vivificante niega!  
 Del tedio á toda hora  
 La dura mano sentirá de hielo,  
 Será el ódio su guia,  
 La desesperacion su única herencia....  
 ¡Feliz mil veces la que en tí confía,  
 Que eres el solo bien de la existencia!

## II

El alma de Garibay,  
 Impalpable más que el áura,  
 Y más que el áura ligera,  
 Léjos del mundo se alza:

Al Tribunal se aproxima  
 Donde habrá de ser juzgada,  
 Do en albo trono de nubes  
 Sentado Miguel la aguarda.

Veste azul ciñe el Arcángel,  
 De topacio son sus alas,  
 Y diadema de rubíes  
 Circunda su frente blanca.

Fulgura en su diestra mano  
 De la justicia la espada,  
 Y en la siniestra tendida  
 Mírase la fiel balanza.

En uno de sus platillos  
 Pone el Ángel de la Guarda  
 Del hidalgo las virtudes  
 Y en el opuesto sus faltas.

Donde éstas caen, al punto  
 Con horrible peso baja,  
 Y aquel alma sin ventura  
 Tiembla y gime acongojada.

«Tremendo juez,» conmovido,  
 El Santo Custodio exclama,  
 «Duro rigor no merece  
 El que miras á tus plantas.

Jamás á nadie mal hizo  
 Y ejemplo constante daba  
 De piedad no desmentida,  
 De severidad sin mancha.

En ascetismo perpétuo  
 Esquivó glorias mundanas  
 Y con rudas penitencias  
 Su cuerpo mortificaba....»

Miguel al punto replica:  
 «Mas entre virtudes tantas,  
 Ni de caridad un átomo,  
 Ni de amor vése una ráfaga.

No intercedas, no intercedas,  
 Tus súplicas serán vanas:  
 La salvacion no es posible  
 Si el amor del todo falta.»

Dice, y alzando la diestra  
 Blande la fulmínea espada,  
 Cruza un relámpago el éter,  
 Horrisono trueno estalla:

La faz el Custodio inclina,  
 Cubriéndola con sus alas,  
 Y el alma del triste hidalgo  
 Cae al fin precipitada.



## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE VIII

#### I

Rápida más que un relámpago  
 Por los espacios camina  
 El alma de Garibay,  
 Desde el Cielo despedida.

En aquel fugaz espíritu  
 Del triste hidalgo palpitan  
 La voluntad, la memoria,  
 Todo el sér, la esencia misma.

Es él, que vive, que siente,  
 Y ante la fuerza infinita  
 Que á su pesar le arrebató,  
 Desesperado suspira.

¿Adónde va? De improviso  
 Extraño poder le anima:  
 Recobrar sus miembros juzga,  
 Juzga recobrar la vida.

No es ciego error: forma adquiere,  
 Mas forma que le horroriza,  
 Que aunque es su cuerpo traslado  
 Del que en la tierra tenía;

Aunque, cual ántes, despiertos  
 Sus sentidos imagina,  
 Es la existencia que alcanza  
 De condicion bien distinta:

Que es ser y no ser á un tiempo,  
 Realidad y fantasía,  
 Y es al par de vago espíritu,  
 Inerte, pesada arcilla.

## II

Ruje el mísero: un instante  
 Los secos brazos agita....  
 ¡No es ilusión! Siente y vive  
 Como en la tierra sentía.

Mas su voluntad no logra  
 Contrastar la fuerza activa  
 Que sin descanso le impele  
 Por espacios sin medida.

En vano las manos cierra  
 Con ansiedad convulsiva,  
 Y en un suelo que no existe  
 Afirmar los piés ansía:

Á su pesar por el éter,  
 Ráudo camina, camina  
 Con tal rapidez, cual nunca  
 Fingir la mente sabría.

Ya de nuestro sol la lumbre  
 No ven sus secas pupilas,  
 Y pasan estrellas ciento  
 Rápidas ante su vista.

Á un cielo sin astros llega,  
 Al que dan luz indecisa  
 Masas de ténues vapores  
 Que en perpétuo hervor oscilan;

Y distante, muy distante,  
 Oscura franja divisa  
 Que, como férrea muralla,  
 Aquel espacio limita.

Allí un extraño destello  
 De roja lumbre ilumina,  
 Cruzando la opaca atmósfera,  
 La extensa valla sombría;

Y el desventurado hidalgo  
 Con creciente asombro mira  
 Que es círculo de aereolitos  
 Lo que muro le fingía.

Aereolitos gigantescos  
 Que, entre sí chocando, giran  
 Con estruendo inconcebible,  
 Que en hondo terror lo abisma.

Como rayo de sol puro  
 Que cruza en estancia umbría,  
 Y á su luz bullir los átomos  
 Véense en prolongada línea;

Tal, heridas por la ráfaga,  
 Las gigantes moles brillan,  
 Cual los átomos espesas,  
 Girando en vueltas continuas.

Hacia aquel lugar el mísero,  
 Á su pesar, se encamina....  
 Ya entre las piedras envuelto  
 Ve en rededor cuál se agitan.

Las ve que, en tumbos horribles,  
 Ya ruedan sobre sí mismas,  
 Ora suben, van y vuelven,  
 Chocan y se pulverizan.

Y siente el desventurado  
 Los golpes que le lastiman,  
 El fragor que le ensordece,  
 El polvo que le fatiga:

Mas vive, y aún cuando sufre,  
 Hiende las rocas macizas;  
 Que es espíritu impalpable,  
 Y tal entre ellas camina,

Que á poder contar las leguas  
 En su carrera inaudita,  
 Millones, en un segundo,  
 Y millones contaria.

## III

Pronto absoluto silencio  
 Le sorprende. Atrás la vista  
 Vuelve ansioso... Ya distante  
 Quedó la valla temida.

Empero áun mírase envuelto  
 En la claridad rojiza  
 Que el espacio recorrido  
 Cruzaba en ráfaga oblicua;

Y aquella lumbre que ántes  
 En leguas mil se extendía,  
 Concentrada mira á un punto  
 Ya por grados reducida.

Mas si decrece, su fuerza  
 Es en cambio tan activa,  
 Que la vista humana acaso  
 Jamás pudiera sufrirla.

La puerta ve que á torrentes  
 Da á tanto fulgor salida....  
 Cesa el hidalgo en su vuelo,  
 El umbral extraño pisa.

Parécele que girando  
 Todo en derredor varía,  
 Y nuevo espacio preséntase  
 De improviso ante su vista.

## IV

Llega á estancia sin término que forman,  
 Entre lagunas mil de hirviente lava,  
 Artesones de bronce enrojecido  
 Y columnas que son gigantes ascuas.

Galerías sin número aparecen  
 Á diestra y á siniestra, do se alzan  
 Á trechos, sus cimbras agitando,  
 De roja lumbre gigantescas aras.

De cada hoguera en el ardiente foco  
 Juzga don Diego ver figura extraña  
 Que, sin perder su cualidad de fuego,  
 Á intervalos adquiere forma humana.

Ya es una jóven que en el pecho cruza  
 Entrámbas manos y la faz levanta;  
 Ora un mancebo que los brazos tiende;  
 Ya temblorosa, compungida anciana.

Ve infinitos; mas bórranse si en ellos  
 Con atencion detiene la mirada,  
 Y tornan á mostrarse, y desaparecen  
 Quedando sólo la moviente llama.

Y voces juzga oir que entre gemidos  
 Misericordia sin cesar demandan:  
 Y al fijar la atencion, tan sólo escucha  
 El rumor que del fuego se levanta.

## V

De improviso, al llegar al centro ignoto,  
 Los rojos artesones se desgarran,  
 Penetrando en las bóvedas ardientes  
 Celeste luz y refrescantes auras.

La faz alza el hidalgo; ve entre nubes  
 Gentil doncella descender pausada:  
 Ostenta veste azul y niveo velo  
 Que baja en pliegues á besar su planta.

Pesada cruz sobre su seno oprime,  
 Su diestra mano conmovida alza,  
 É inclinando la faz suave murmura:  
 «Soy aliento de Dios, soy la Esperanza.»

Al punto, por las bóvedas retumban  
 Cantares mil que unisonos ensalzan  
 Á Aquel de quien la vida y el consuelo  
 Y la justicia y la clemencia emanan.

«¡Gloria, gloria al Altísimo!» repiten.  
 Á tal acento á Garibay asalta  
 Incomprensible horror. Tiende la vista  
 Absorto por las naves dilatadas....

De entre las llamas, como chispas, brotan,  
 Puras y bellas, palpitantes almas,  
 Que hácia la nueva atmósfera süave  
 En grupos mil flotando se levantan.

Blanco y leve cendal sus formas cubre,  
 Azules son sus impalpables alas,  
 Y circundan sus rostros aureolas  
 De tenue luz, cual la que anuncia el alba.

Belleza tal á Garibay sorprende;  
 Con su fealdad horrible la compara,  
 Y acrece su terror. Siguen en tanto  
 Los electos espíritus su marcha;

Y cual bando de blancasavecillas,  
 Que á los espacios en union se lanzan,  
 Ó cual humo de incienso que pausado  
 Ascende en olas mil al pié del ara,

Tal suben, á do en nítidos fulgores  
 La mensajera celestial aguarda.  
 Ella camina á todos precediendo  
 Á espacios que sin términos se agrandan.

Ángeles de esplendentes vestiduras  
 Innumerables á su paso avanzan  
 En doble fila unidos, ancha senda  
 Formando que se pierde en lontananza.

La mística y piadosa comitiva  
 Prosigue. En vano con crecientes ánsias  
 Sus huellas el hidalgo seguir quiere:  
 Inmóvil hora á su pesar se halla.

Empero los cantares armoniosos,  
 El acordado són de dulces arpas  
 Que pulsan los querubes, las que á él llegan  
 Frescas y puras celestiales auras,

Amenguan su terror, préstanle aliento,  
 En éxtasis sublime lo embriagan:  
 Tal vez la dicha un punto le sonrie,  
 Quizá impulsos benéficos lo inflaman....

¡Perdido afan! De súbito aparece  
 Ante él la sombra de gigante garra,  
 Y al quererla evitar, trémulo huyendo,  
 Siéntese asido con fiereza extraña.

Vuelve la faz: de rostro ennegrecido,  
 Donde el ciego rencor sus huellas graba,  
 Genio fatal, del Orco mensajero,  
 Sobre él extiende sus oscuras alas.

Con férrea mano su garganta oprime,  
 Á horrenda sima con furor lo arrastra;  
 Lo impele al fin, y sin aliento el mísero  
 Entre tinieblas despeñado baja.

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE IX

#### I

Ignorante tal vez de su destino,  
Desesperado y delirante y ciego,  
Dando vueltas, cual raudo torbellino,  
Rueda al abismo el mísero don Diego.

Precipitado va. Sin hallar treguas  
Al vértigo fatal los brazos tiende:  
Con creciente ansiedad, leguas y leguas  
Entre la densa oscuridad descende.

¿Cuánto tarda en bajar? ¡Quién lo adivina!  
Breves instantes son, siglos parecen;  
Mas calmando el terror que lo domina  
Las tinieblas un punto se esclarecen.

Vaga y rojiza luz hiere sus ojos....  
Los descarnados brazos adelanta....  
Ya entre negra ceniza y entre abrojos  
Al fin consigue detener su planta.

Áridos ve y extensos arenales,  
De hondas cavernas y peñascos llenos,  
Donde mira bullir entre zarzales  
Profundo mar de pestilente cieno.

Sulfúreo resplandor que aterroriza  
De aquel cielo sin astros se derrama,  
Y montañas de cálida ceniza  
El viento en remolinos desparrama.

Árboles ponzoñosos allí crecen  
De hediondas larvas y de pez cubiertos;  
Cuantos mónstruos el ánimo estremecen  
Pueblan aquellos hórridos desiertos.

Con instintos más pérfidos y viles  
Vuelan allí los buitres á bandadas,  
Y en multitud inmensa los reptiles  
Se arrastran por las peñas calcinadas.

Mas el pavor de Garibay acrece  
 Á la vista de lúgubre castillo  
 Que entre siniestras brumas aparece,  
 Cercado en torno de fosfóreo brillo.

Morada del dolor, su triple muro  
 La Justicia elevó con mano fuerte;  
 Puéblala el crimen con su aliento impuro,  
 Bajo el fatal dominio de la muerte.

En torno de los negros torreones,  
 Espanto de los míseros precitos,  
 Véñse vagar en múltiples legiones  
 Fieros mónstruos y espectros infinitos.

Con fosfórica luz por las almenas  
 Fantasmas giran de figura extraña,  
 Y escúchase arrastrar férreas cadenas,  
 Gritos se escuchan de terror y saña.

Y entre roncós silbidos de serpientes  
 Óyense, por los ecos repetidos,  
 Crujir eterno de acerados dientes,  
 Prolongados y lúgubres rugidos.

Que en antros cavernosos allí gimen  
 Cuantos á la virtud sordos se hicieron,  
 Y por las sendas del error y el crimen  
 Hasta su fin impávidos siguieron.

## II

Allí son las terribles expiaciones,  
 Impotente consúmese la envidia;  
 Combaten en silencio las traiciones,  
 Hiriéndose con bárbara perfidia.

Sin descanso trabaja la pereza,  
 La ruin codicia enhambrecida llora;  
 Arrástrase en el polvo la impureza,  
 Y el rencor á sí propio se devora.

Y para hacer más duro el sufrimiento,  
 En las almas agítase infecundo,  
 Implacable, roedor remordimiento,  
 Ayes lanzando de dolor profundo.



Sobre el lago fatal vése la puerta  
 De la mansion de sempiternos males.  
 ¡Miseró aquel que á contemplarla acierta!  
 ¡Miseró el que traspasa sus umbrales!

## III

Por las márgenes sombrías  
 De aquel mar hediondo y negro  
 Á su pesar el hidalgo  
 Su marcha sigue ligero.

Nó por la tierra camina,  
 Volando lo lleva el viento;  
 Mas va tan bajo, que puede  
 Tocar con los piés el suelo.

La vista eleva: distante,  
 Cual aterrador espectro,  
 Álzase el castillo, y tiembla  
 Su destino comprendiendo.

Cerrar los ojos ansía,  
 Mas, á su pesar abiertos,  
 De aquellas gigantes moles  
 No se apartan ni un momento.

Ya se acerca; ya se escuchan,  
 Repetidos por el eco,  
 Gritos de sangrienta rabia  
 Y gemidos lastimeros.

Ya los contornos distingue  
 De la mansion del tormento,  
 Con sus torres infinitas  
 Coronadas de humo y fuego.

Inmóvil las copia el lago  
 En su cenagoso lecho,  
 Entre vapores sulfúreos  
 Y fosfóricos reflejos.

Y retrata las legiones  
 De fantasmas y esqueletos  
 Que por los espacios giran  
 Acompasados y lentos.

Retrata el cielo sombrío  
De aquellos tristes desiertos,  
Que ciñen nubes rojizas  
Cual ensangrentados velos.

Todo lo mira el hidalgo,  
Tan hondo pavor sintiendo,  
Cual imaginarlo nunca  
Pudieran humanos pechos.

Asido á las duras rocas,  
Quiere detener su vuelo;  
Mas la fuerza que lo impele  
Hace vanos sus intentos.

¡Sigue á su pesar, y sigue...!  
De improviso extraño objeto  
Atrae su inquieta mirada,  
Cual por oculto misterio.

Negra mancha sobre el lago  
Mira flotar: desde léjos  
Humo la juzga; más cerca,  
Nube de alados insectos.

En ella á poco imagina  
Bandada mirar de cuervos,  
Mas nota al fin que son hombres  
De torvo y lúgubre aspecto.

Negros ferreruelos visten,  
Alas llevan de murciélago,  
Y van,alzada la diestra,  
Oscura pluma esgrimiendo.

En carcajada estridente  
Prorumpen todos al verlo,  
Y sin piedad lo apostrofan  
Con epítetos groseros.

Uno, empero, de la turba  
Sale, y, los brazos abriendo,  
Exclama en tanto que oprime  
Al mísero hidalgo en ellos:

«No desesperes, alienta:  
Áun hay para tí consuelo,  
Que un amigo has encontrado  
En las puertas del infierno.»

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE X

#### I

Al verse Rodrigo Gestas,  
 Á quien Garibay salvó,  
 Libre del duro castigo  
 De populacho feroz,

¿De sus pasados errores,  
 Por ventura, se enmendó?  
 Noticias hay de ultratumba  
 Que le niegan este honor.

Sin amor, sin fe, sin honra,  
 De su patria huyó veloz  
 Y en regiones apartadas  
 Impenitente murió.

Subió su espíritu al Cielo,  
 Refiere la tradicion,  
 Y un anciano venerable  
 Así en la puerta le habló:

«Huye, notario, tu asiento  
 No es en la etérea region,  
 Que en ella sólo entrar pueden  
 Los que bien sirven á Dios.»

Turbado paróse el triste,  
 Y alejándose exclamó:  
 «Por notario me condenan;  
 ¡Mal haya mi profesion!»

«Aguarda,» el santo conserje  
 Deteniéndole gritó;  
 «La gloria voy á mostrarte  
 Porque comprendas tu error.»

Dijo: la zafirea puerta  
 Con áureas llaves abrió,  
 Inundándose el espacio  
 De celestial resplandor.

Absorto Gestas, legiones  
 Infinitas contempló  
 De espíritus venturosos  
 Que ensalzaban al Criador.

Privilegiados algunos  
 Presto entre todos miró,  
 Palmas llevando en su diestra  
 Más luminosas que el sol.

«Notarios como tú fueron,»  
 Simon Pedro prosiguió;  
 «Mas supieron en la tierra  
 Cumplir bien su obligacion.

Beneficios sin medida  
 La humanidad les debió,  
 Que la justicia á su influjo  
 Halló digna proteccion.

Cien promesas tentadoras  
 Desdeñaron con valor;  
 Por eso triunfantes hallan  
 Tan cumplido galardón.

Mas tú, esclavo del delito,  
 Del engaño defensor,  
 ¿Qué hiciste de la inocencia  
 Y de la virtud en pró?

¡Nada! Por sendas torcidas  
 Arrostraste el deshonor,  
 Deslustrando el claro nombre  
 De tu honrosa profesion.

Que cual presta un miembro herido  
 Á todo el cuerpo dolor,  
 Lastima á toda una clase  
 De un individuo el baldón.»

Dijo: y el mísero Gestas  
 Á las tinieblas bajó,  
 Maldiciendo de su suerte  
 Y renegando de Dios.

## II

Cuentan, y en algo sin duda  
Se fundará quien lo cuenta,  
Que los notarios que indignos  
Venden su honor y conciencia,

Cerradas en la otra vida  
Hallan del Cielo las puertas;  
La entrada en el Purgatorio  
Los espíritus les niegan;

De sus antros los rechaza  
El ángel de las tinieblas,  
Y en los espacios vagando  
Por siglos de siglos quedan.

De estos seres sin ventura  
El horrible bando era  
De hombres, que el hidalgo mira  
Del abismo ante la puerta.

Y con faz torva y sombría,  
Unidos saber esperan  
El lugar adonde deben  
Cumplir su eternal sentencia.

Allí, entre todos, agítase  
El pobre Rodrigo Gestas;  
Á Garibay reconoce;  
Entre sus brazos lo estrecha.

«Hidalgo,» le dice, «hidalgo,  
Mucho te debí en la tierra:  
Honra y vida me salvaste  
En hora triste y suprema;

Me disfracé con tu ropa,  
Partí en tu propia litera,  
Sendos ducados me diste....  
Quiero, pues, pagar mi deuda.»

Así diciendo, disfrázalo  
Con admirable presteza:  
Pónele ceñidas calzas,  
Angosta ropilla negra,

Corto, mugriento capote,  
 Ancho sombrero de teja,  
 Y agrégale, deseoso  
 De que á él en todo igual sea,  
 Corvas uñas en los dedos,  
 Luenga pluma tras la oreja.

Oculto tras él lo impele  
 Con prodigiosa violencia,  
 Y hácia el lúgubre castillo  
 Apresurado lo lleva.

## III

De entrar en las mansiones de la muerte  
 El hidalgo llegar mira el momento;  
 Á su vista de súbito las puertas  
 Con estampido horrísono se abrieron.

De los antros sin límites, cercado  
 De luz sulfúrea y resplandor siniestro,  
 Álzase, entre fantasmas infinitos,  
 Ángel horrible de sañudo aspecto.

Mira al falso notario, y tal exclama  
 Con voz que ruge cual airado trueno:  
 «Atrás, atrás los que en la tierra hicisteis  
 De la fe y la verdad torpe comercio.

No vengais á aumentar con vuestra astucia  
 Las intrigas que agítanse en mis reinos:  
 Alas teneis: vagad por los espacios  
 Sin que nunca parar logreis el vuelo.»

Dice Satan. Ruidosos vendavales  
 Al soplo se desatan de su aliento,  
 Y asidos Gestas y el hidalgo aléjanse  
 Al ímpetu iracundo obedeciendo.

Ya en la cisterna por do al triste valle  
 Despeñado cayó se halla de nuevo;  
 Mas en vez de bajar, rápido asciende,  
 Seguido de su extraño compañero.

Ya miran la mansion donde las almas  
 Gimen, purificándose en el fuego,  
 Y lanzados de allí, su rumbo siguen  
 Ámbos arrebatados por el viento.

Y en tanto que almas mil ráudas caminan  
 Á la morada del dolor eterno,  
 Distante de sus lúgubres contornos  
 Mirase al cabo por su bien don Diego.

«Hallé un amigo,» con afan murmura:  
 «Mucho, notario, á la verdad te debo:  
 Si es mi suerte vagar por los espacios,  
 Sigue tras mí; jamás nos separemos.»

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE XI

#### I

De nuevo el dilatado firmamento  
 Del hidalgo á los ojos aparece,  
 Calmando su tormento:  
 Al contemplar las galas  
 Que ante su vista la creacion ofrece,  
 Tiende y agita sus oscuras alas,  
 De una esfera á otra esfera  
 Con insaciable afan se precipita,  
 Y en ellas, del Altísimo admirando  
 La grandeza infinita,  
 ¡Gloria á Dios! decir quiere,  
 Y, hondo rugido á su pesar lanzando,  
 Entre sus labios la palabra muere.  
 En tan grande amargura

Acaso un bien, aunque remoto, alcanza,  
 Y es que en tal desventura  
 Juzga sentir un rayo de esperanza.  
 Aliento en su martirio  
 Un instante recibe;  
 Presa se juzga de fatal delirio....  
 Imagina que aún vive;  
 Que es sombra sólo de febril ensueño  
 Todo cuanto á su espíritu aparece.  
 Pedir á Dios misericordia anhela,  
 Mas su acento enmudece  
 Y ráudo al fin desesperado vuela.  
     En medio de los astros brilladores,  
 Que su mirada ofuscan,  
 Uno rico en colores  
 Sus muertos ojos sin descanso buscan.  
 Veloz aún más que rápida centella  
 En su ruta prosigue.... Al fin divisa  
 El cerco vago de lejana estrella.  
 Detiéndose un momento,  
 Que su luz indecisa  
 Inspírale feliz presentimiento....

Vuélvese y á Rodrigo la señala  
 Con temblorosa mano:  
 «¿Será,» dice, «error vano?»  
 «Nó,» exclama Gestas con afan profundo,  
 «No ciego error te engaña;  
 Es el astro fecundo  
 Que impora en nuestro mundo  
 Y fértil hace á nuestra madre España.»  
     Y rápidos entrámbos por el Cielo,  
 Cometas, soles mil atrás dejando,  
 Prosiguen en su vuelo....  
 Ya en la atmósfera ardiente  
 De nuestro claro luminar se miran:  
 Uno de los planetas  
 Que en su cerco luciente  
 Acompasados giran,  
 Con miradas inquietas  
 Contemplan ámbos, en amor se inflaman  
 Extraña conmocion al par sintiendo,  
 Y sus ojos sin luz llanto derraman;  
 Y al fin, los secos brazos extendiendo,  
 Del Hacedor la omnipotencia aclaman.



## II

Mas no en tan gran ventura  
 Señal juzgan segura  
 Hallar de su perdon;  
 Que aumentan sus dolores  
 Los hórridos temores  
 De próxima expiacion.

Ya siguen su camino,  
 Temiendo que el destino  
 De entrámbos quizas es  
 Mirar su patria bella,  
 Mirarla sin que en ella  
 Sentar logren los piés.

¿Su estancia será el viento?  
 ¿Su ráudo movimiento  
 Por siempre han de seguir;

Suspensos, sin que roto  
 Se mire el lazo ignoto  
 Que á entrámbos ha de unir?

Así los dos meditan,  
 En tanto que se agitan  
 Con rápido vaiven.  
 Y presto en remolino,  
 Llevados ya sin tino,  
 Con mudo horror se ven.

## III

Ya el alma de Garibay,  
 Torva la faz y siniestra,  
 Sus negras alas tendiendo  
 Dirígese hácia la tierra.

Cual extraño meteoro  
 Ya por su atmósfera vuela,  
 Y, en vez del rastro luciente  
 Que en pos dejan los cometas,

Oscura huella de sombra  
 Marcada en el éter deja,  
 Adonde envuelta aparece  
 El alma horrible de Gestas.

Ya ciérnese sobre España,  
 Y en su campiña más bella,  
 En sus más floridos valles,  
 Á su patria al fin contempla.

¡Sevilla!... Llegar ansioso  
 Hasta su recinto anhela,  
 Mas, prisionero en el aire,  
 Descender en vano intenta.

«Nuestro temor no fué errado,»  
 Afligido dice á Gestas;  
 Mas éste responde al punto:  
 «No te acobardes, espera:

Medio hallaré de que logres  
 Al fin romper la cadena,  
 Y tú libre, y yo á tí unido,  
 Bajaremos á la tierra.»

Silencioso el tiempo pasa,  
 Ya el sol pausado se aleja,  
 Ya el suelo apenas divisan,  
 Ya gimen en las tinieblas,

Y el notario aguza, aguza,  
 El ingenio que le resta,  
 Que salvar quiere á su amigo  
 De la terrible condena.

## IV

Es triste noche de invierno:  
 Montañas de nubes densas,  
 Cual alados escuadrones,  
 Doquier los ámbitos pueblan.

Ruje el ábrego: iracundo,  
 Presto entre vapores llega  
 En su rutilante carro  
 El ángel de las tormentas.

Con mano firme detiene  
De sus corceles las riendas,  
Sus negras alas agita,  
Eleva el rayo en su diestra.

Sobre la perla del Bétis  
Descargar su golpe intenta;  
En triple manto de nubes  
La mira á sus piés envuelta.

El carro impele.... Sulfúreo  
Relámpago centellea;  
El fragor repite el eco  
De la resonante rueda.

Despréndense exhalaciones  
Que á la ciudad amedrentan:  
Con gran cuidado las mira  
El sagaz Rodrigo Gestas.

Su antiguo brio recobra  
Al calor de oculta idea,  
Que mucho de aquellas nubes  
Acaso el notario espera.

## V

Á su extraño compañero  
Algo Rodrigo aconseja;  
Ámbos al sulfúreo carro  
Con gran silencio se acercan;

Y apénas su diestra armada  
El ángel alzar intenta,  
El alma de Garibay  
Cabalga en la chispa eléctrica.

Despedida en ella, baja....  
Al fin hállase en la tierra:  
En su propia casa, súbito,  
Arrójalo la centella.

Temblando la reconoce,  
Sus salones atraviesa,  
Llega á retirada estancia  
De negros paños cubierta.

Lúgubrememente la alumbran  
 Altos blandones de cera;  
 Elevado crucifijo  
 En dorado altar descuella.

Á su pié, féretro oscuro  
 Yerto cadáver encierra;  
 Su propio sér reconoce,  
 El alma, de espanto llena.

Las alas plegando al punto,  
 Entre sus brazos lo estrecha....  
 Vive el hidalgo, que unidos  
 Su cuerpo y alma se encuentran.

Ya las ligaduras rompe,  
 Ya en el ataud se sienta....  
 «¡Sueños horribles,» murmura,  
 «Pasad de mi mente inquieta!»

Mas al ver el aparato  
 Fúnebre que lo rodea,  
 «¡Muerto!» grita, sobre el pecho  
 Inclinando la cabeza.

Prolongado trueno escucha;  
 Vagos recuerdos le aterran....  
 La vista afanosa vuelve  
 Hacia no distante reja:

En ella juzga la sombra  
 Mirar de Rodrigo Gestas;  
 «Allí,» dice, «allí me aguarda  
 Incansable centinela.»

Y del féretro arrojándose,  
 Dobla la rodilla en tierra;  
 Hacia la imágen sagrada  
 Juntas las manos eleva;

Late agitado su pecho,  
 Sus brazos convulsos tiemblan,  
 Y por su pálido rostro  
 Humilde lágrima rueda.

## VI

Nó con la lengua, el corazon tan sólo,  
 Que arde en sagrado fuego,  
 Frases de tierna contricion murmura;  
 Y tal, al fin, del mísero don Diego  
 El fervoroso ruego  
 Ascende hasta la altura.

«¡Piedad, piedad! Con ánimo contrito  
 Acudo á tu presencia;  
 Que si enorme, Señor, es mi delito  
 Mayor es tu clemencia.

Insensato busqué senda de errores,  
 Provoqué tus enojos;  
 Abierta la mansion de los dolores  
 Mostróse ante mis ojos.

Ya extinguese mi vida; ya la hora  
 Suena de la venganza....  
 ¡Pequé, Señor! Tu diestra bienhechora  
 Vuelve á mí sin tardanza.

¡Perdon, perdon!... Ante tus piés postrado  
 Mi iniquidad deploro:  
 Lávame de la mancha del pecado  
 Que arrepentido lloro.

Ya sobre mí sus garras extendiendo  
 Reclámame el impío....  
 En tus manos mi espíritu encomiendo....  
 ¡Acógelo, Dios mio!»

Dice: dura la muerte  
 Cierra sus ojos y su acento apaga.  
 ¿Cuál será, al fin, del mísero la suerte?  
 ¡Quién sabe! Al tribunal de la conciencia  
 Llegó su alma contrita;  
 Apeló humilde en su final sentencia,  
 Y la bondad de Dios es infinita.

## EL ALMA DE GARIBAY

### PARTE XII

#### I

Con su viva luz apénas  
Disipar consigue el alba  
Las imágenes que el miedo  
Entre las tinieblas alza.

Á la mansion del hidalgo  
Dirige el pueblo su planta;  
De raro acontecimiento  
Todo allí á la mente habla.

Grietas mil surcan los muros  
De la mortuoria estancia;  
Rota en pedazos la reja,  
Vése del muro arrancada;

Vacío mírase el féretro,  
Y el cadáver, á distancia,  
Con los brazos extendidos,  
En tierra yerto se halla.

Si á todos tal vista asombra,  
El relato aún más les pasma  
De los que á velar quedaron  
En tan lúgubre morada.

Dicen que al mediar la noche  
Roncos ayes se escuchaban,  
Y del trueno al estampido,  
Que temblar hizo la casa,

Vagos rumores uniéronse  
Por las desiertas estancias,  
Como de crujir de huesos,  
Como de batir de alas.

Cruzar viéronse en las sombras  
Aterradores fantasmas;  
El aire por donde quiera  
Hedor de azufre exhalaba,

Y al salir el sol, vacías  
 ¡Oh asombro! se ven las arcas  
 Donde tesoros sin cuento  
 El buen hidalgo guardaba....

Los que tal historia escuchan  
 Medrosos el fin no aguardan,  
 Y, ligeros, santiguándose,  
 De aquellos sitios se apartan.

## II

Comentarios infinitos,  
 Que á los tímidos espantan,  
 En la ciudad se refieren  
 De aventura tan extraña.

Quién juzga que de don Diego  
 Desde el purgatorio el alma,  
 Penando en justo castigo,  
 Volvió á su propia morada;

Quién que escapada del Orco  
 Llegó allí sin esperanza,  
 Rompiendo rejas y muros,  
 Lanzando aullidos de rabia,  
 Y del féretro el cadáver,  
 Arrojando en fiera saña,  
 Sus riquezas recogiendo,  
 Que airado Luzbel reclama,  
 Volvióse al lugar adonde  
 Dolor eterno le aguarda.

Mas de improviso, evocándose  
 La memoria ya lejana  
 De aquel á quien el hidalgo  
 Salvó de mortal desgracia;  
 «El notario,» afirman todos,  
 «Pagando deuda sagrada,  
 El alma de Garibay  
 Por los vientos arrebató.»  
 «De entrar en el fuego eterno,»  
 Añaden, «al fin se salva,  
 Mas ya hasta el fin de los siglos  
 Perdido en los aires vaga.»

## III

Los más extraños prodigios  
 Explicar logra la ciencia;  
 Mas en vano muchas veces  
 Convencer al vulgo anhela.  
 En vano ante la morada  
 Del hidalgo, acaso muestra  
 Que en aquellos rotos muros,  
 Que en la mutilada reja  
 Tan sólo el rastro se advierte  
 Que dejó la chispa eléctrica.  
 En vano que Garibay  
 Sufrió horrible *catalepsia*;  
 Que aunque muerto lo juzgaban  
 Lo fué sólo en apariencia,  
 Y al volver de su letargo  
 Quizás del féretro huyera,  
 Cortando el terror entónces  
 En realidad su existencia.

La verdad en vano añade  
 Que las perdidas riquezas  
 Quizás presa codiciada  
 De inícuos bandidos fueran.

¡En vano! ¿Quién las historias  
 Desmiente que el vulgo créa?  
 Pasan años, siglos pasan,  
 Y todos dicen, apénas  
 El vendaval desatado  
 Escuchar sus ayes deja:

«El alma es de Garibay  
 Que pasa, pasa ligera,  
 Y, del notario seguida,  
 Cumpliendo está su sentencia.»

Y tal esto se repite,  
 Que de aquel ánima en pena  
 Á las edades futuras  
 Proverbial el nombre llega.



## IV

Tradicion, tú que eres eco  
De tan distintas creencias,  
Version más consoladora  
Á mi espíritu presentas.

Repita en buen hora el vulgo,  
El pueblo en buen hora crea  
Que el alma de Garibay,  
Cumpliendo triste condena,  
En los espacios perdida  
Por siglos de siglos vuela,  
Sin que en su eterno viaje  
Parar ni un momento pueda.

De tan honda desventura  
Libre por tí logro verla.  
Cual extraño meteoro  
Y en negro ropaje envuelta,  
Seguida de don Rodrigo,

Torna al espacio ligera:  
Volando, volando siempre,  
Llega del Cielo á la puerta.

«Alma, detente:» San Pedro  
Absorto dícele al verla;  
«¿Quién por ventura ha logrado  
Vestirte de ¡tal manera?»

Pliega el hidalgo las alas,  
Inmóvil al punto queda,  
Y adelántase Rodrigo,  
Dando por él tal respuesta:

«Señor, mi vida y mi honra  
Salvó piadoso en la tierra:  
Lo ví condenado, y quise  
Pagarle mi noble deuda.  
Disfracélo con tal arte,  
Que de la mansion horrenda  
Satán lo arrojó, triunfando  
Mi astucia de su soberbia.  
Perdonad mi atrevimiento,  
Yo cumpliré su condena.»  
«Espera,» el Santo Conserje

Compasivo dice, «espera;  
Que si te salvó la vida  
Y tú así pagas la deuda,  
Es que con sagrado lazo  
La Caridad os estrecha.  
Absueltos los dos quedais,  
Que ante la Justicia eterna  
No hay condenacion posible  
Si la Caridad impera.»

Entrámbos á Dios ensalzan,  
Y Justa, de gozo llena,  
Que entre los ángeles mora,  
Á recibirlos se acerca,  
Y así exclama al contemplarlos  
Del Paraiso en la puerta:

«Santa Caridad, tú formas  
Del bien la eternal cadena;  
Tú á los mortales redimes....  
¡Bendita, bendita seas!»

## El Ave Prisionera.

(LEYENDA)

## EL AVE PRISIONERA

(LEYENDA)

—>◦◀—  
RECUERDO DE LAS LANDAS

No há largo tiempo: la memoria áun vive  
Del pavoroso aspecto que ofrecian  
Los campos que al salvar el Pirineo  
Del viajero preséntanse á la vista.

Pantanos tristes, insalubres yermos,  
Que lentos, cual fantasmas, recorrían  
Sobre elevados zancos los pastores  
En perezosa y solitaria vida,

Fueron tan sólo... Mas tendió su mano  
Cual hada allí la ilustracion benigna,  
Y el arenal trocóse en paraíso,  
Y en encantados bosques las marismas.

El pino, el árbol protector del hombre  
Allí en su savia, esencia de su vida,  
Ricos veneros á la industria ofrece,  
Premio al trabajo poderoso brinda.

Jamás lo olvidaré; calles innúmeras,  
De asombrosa extension, forman unidas  
Las altas copas, que al calor y al hielo  
En perpétuo verdor lozanas brillan.

Abrigo y pan encuentran á su sombra  
De obreros cien las miseras familias,  
Y aires salubres los cercanos pueblos  
En su aliento balsámico respiran.

Al detener ansiosa la mirada  
Por aquellas regiones infinitas,  
Y al aspirar del tallo resinoso  
Los aromas que al débil vivifican,

Triste incliné la frente, murmurando:  
«¿Por qué no anhelarás, patria querida,  
Trocar en bosques de gigantes pinos  
Tus yermos arenales y marismas?»

## I

—Buena anciana que gozais,  
De nietezuelos cercada,  
En evocar las memorias  
De estas plácidas comarcas;

¿No es verdad que en otros dias,  
Cuando á las incultas Landas  
De la industria y el comercio  
Los rumores no llegaban,

Eran aún más venturosas  
Las familias que olvidadas  
Del vano oropel del mundo  
Aquí tuvieron su estancia?

Hablad, hablad: referidme  
Alguna historia ignorada  
Que ante mis ojos presente  
Escenas de bienandanza;

Y lograré grata idea  
Llevar impresa en el alma  
Del bien que otorgaros supo  
Vuestra feliz ignorancia.—

Tal decía un extranjero  
Á benigna octogenaria,  
Que entre sus deudos queridos  
Brindóle asiento en su casa.

Y ella cortés, suspendiendo  
Su labor á estas palabras,  
Con benévola sonrisa  
Respondió sencilla y franca:

=Señor, sosiego apacible  
Estas regiones brindaban,  
Mas nó soñadas venturas  
De pastoriles Arcadias.

Y si aún evoco recuerdos  
De mi juventud pasada,  
Es que del dolor en ella  
Hasta la memoria es grata.

Aquí de miseria horrible  
Bajo la dura asechanza,  
Pobres familias vivían  
Del mundo entero olvidadas....

—Mas, decid, ¿no eran dichosos  
En su vida solitaria,  
El yugo desconociendo  
De ambiciones insensatas?

=Me habeis pedido una historia;  
Venid, si os place, á escucharla,  
Y veréis de estas regiones  
Al par las silvestres galas.

Y en union del extranjero,  
De su familia cercada,  
Al recorrer los pinares,  
Así prosiguió la anciana:

## II

=Este bosque, señor, que ahora se mece  
Al soplo lento y bienhechor del aura,  
Que dulce arrullo y sombra nos ofrece  
Y con su aroma nuestro sér restaura,

Fué infecundo arenal. Aquí algun día  
Entre zarzales y silvestres flores  
El miserable albergue aparecía  
De benignos y rústicos pastores.

En él de Berta y de Gabriel, sus dueños,  
Tranquila deslizóse la existencia,  
Sin que jamás de irrealizables sueños  
Sintieran en el alma la influencia.

Ámbos esposos cuando al par miraban  
Su venturosa juventud perdida,  
En hija tierna con amor cifraban  
Las esperanzas todas de su vida.

Mas no correspondió como debiera  
La jóven Luz al cariñoso halago,  
Fria dando á sus padres y altanera  
En su odioso desden injusto pago.

Pronto vióse el hogar, á donde pudo  
Reinar la dicha, silencioso y triste:  
¿Qué amante corazón al golpe rudo  
De inmerecida ingratitude resiste?

Señor, no os pame el proceder aleve  
De aquella jóven ignorante y pura:  
¿Quién los misterios á sondar se atreve  
Que arrastran al mortal á la locura?

Ella, al abrir á la razon los ojos,  
Amó inocente de su hogar la calma;  
Mas yo os diré los ásperos abrojos  
Que en silencio claváronse en su alma.

¡Oh, si nunca del mundo los rumores  
Llegaran á estas yermas soledades,  
Ó si el dolor pudieran los pastores  
Comprender que palpita en las ciudades!

¡Cuánta verdad los cuadros mostrarían  
 Con que el genio halagar al hombre quiso!  
 ¡Cómo selvas y montes volverían  
 Las dichas á brindar del paraíso!

Mas del bien mundanal, aunque á distancia,  
 En los campos la imágen aparece,  
 Y ofuscada á su vista la ignorancia,  
 Con doblados hechizos la engrandece.

Grato rumor de música festiva  
 Cierta vez estos valles escucharon:  
 Absortos la lujosa comitiva  
 Los labriegos de un Príncipe miraron.

Al estruendo de trompas y atambores,  
 Que los ecos lejanos repetían,  
 Por las sendas, de fieles servidores  
 Centuplicadas filas se extendían.

Ginetes en indómitos corceles,  
 Pruebas de arrojo en su destreza dando,  
 Huestes iban de innúmeros donceles  
 El dilatado séquito formando.

Y de sus potros refrenando el brío,  
 En sillas recamadas de oro y plata,  
 Cien damas con magnífico atavío  
 Eran prez de la alegre cabalgata.

Empero como sol de aquella esfera,  
 Que las miradas todas atraía,  
 Del Príncipe y su egregia compañera  
 La espléndida carroza aparecía.

Albos cual de la nieve las espumas  
 Los bridones, ligeros como el aire,  
 Ricos penachos de rizadas plumas  
 Iban moviendo con gentil donaire.

Escuderos á pié de ellos en torno  
 Marchaban conteniendo su braveza,  
 Mostrando su equipaje en rico adorno  
 El sello del poder y la grandeza.

Manto y ducal diadema coronaban  
 De la régia carroza la techumbre;  
 Cortinas de tisú la rodéaban,  
 Del sol templando la enojosa lumbre.

Y en orlas de costosa orfebrería,  
Que palmas figuraban y laureles,  
La vista repetidos descubria  
Del complicado escudo los cuarteles.

Entre cruces mirábanse y pendones,  
Ya en campos de zafir lises de plata,  
Ya dorados leopardos y dragones  
Sobre brillante fondo de escarlata.

Cifras doquier y compendiosos lemas  
Recordaban acciones meritorias,  
Y objetos caprichosos, cual emblemas  
Brillaban de proezas y victorias.

Todo, señor, cuanto al orgullo adula  
Hablaba allí con misterioso acento:  
Cuanto el lujo frenético acumula  
Mostrábase al absorto pensamiento.

Sobrecogidos por oculto pasmo  
Los labriegos en torno enmudecieron;  
Mas en breve con gritos de entusiasmo  
Aplausos á los Príncipes rindieron.

Ellos, al recibir tal homenaje,  
Á intervalos su marcha detenian,  
Y alzando el ostentoso cortinaje  
Su viva gratitud patente hacian.

Pasó como relámpago aquel brillo,  
Tornó el sosiego al valle y la cabaña;  
Mas no pasó del corazon sencillo  
El peso oculto de ansiedad extraña.

La ostentacion del lujo, indiferente  
Contempla aquel que en las ciudades mora;  
Mas á su vista, el campesino siente  
Honda impresion que el pecho le devora.

Quizás de la fortuna en los favores  
Guirnaldas ve de rosas purpurinas,  
Sin sospechar que en tan gallardas flores  
Ocúltanse traidoras las espinas.

¡Desventurada Luz!... Desde aquel día  
Quedó la imágen en su mente impresa  
Del espléndido centro en que vivia  
Entre dichas y aplausos la Princesa.



Humillada sintióse. Su error ciego  
 Quiso á sus padres inspirar osada,  
 Y alterar no logrando su sosiego,  
 En silencio gimió desesperada.

Así la jóven, al poder infausto  
 Rindiéndose de absurdas ambiciones,  
 De insensata ilusion en holocausto  
 Sacrificó sus santas afecciones.

## III

Perdonad, buen extranjero,  
 Que cuadros de dicha inmensa  
 Ó de inocentes venturas  
 Mi narracion no os ofrezca.

Amargas son las memorias  
 Que ahora en mi mente despiertan,  
 Y pues causaros disgusto  
 No quiero en verdad con ellas,

Callaré cuantos dolores  
 Sufrieron Gabriel y Berta,  
 De su hija ingrata notando  
 La esquivéz y la soberbia.

Y el pesar que Luz sufria,  
 De horrible delirio presa,  
 Sin que lágrimas y ruegos  
 Volverla en sí consiguieran.

De aquel lugar enlutado  
 Por sombras de oculta pena,  
 Un rayo de viva lumbre  
 Ahuyentaba las tinieblas.

Ramiro, que de estos valles  
 El jóven más digno era,  
 Á Luz amaba y amado  
 Al par miróse por ella.

¿Hijos del pueblo no hais visto  
 Que á las más altas esferas  
 Del humano entendimiento  
 Por pura intuicion se elevan;

Y son, aunque ellos acaso  
 Su mérito no comprendan,  
 Sabios por su noble espíritu,  
 Por su corazón poetas?

Tal fué Ramiro. Si al yugo,  
 En cotidianas tareas,  
 Del trabajo supo humilde  
 Doblar siempre la cabeza;

Horas al sueño robando,  
 Su imaginación sedienta  
 Abrevóse en los raudales  
 Que al hombre dan vida nueva:

Y, por alto privilegio,  
 Jamás absurdas ideas  
 Cercaron de oscuras nubes  
 El sol de su inteligencia.

Con claro discernimiento,  
 De saber á tal alteza  
 El joven llegó, que vana  
 Siendo en breve su modestia,

Vióse á su pesar citado  
 Por las vecinas aldeas  
 Cual de probidad modelo,  
 Cual dechado de prudencia.

Tan merecidos aplausos  
 Luz escuchó satisfecha,  
 Y su admiración profunda  
 Dió á su amor tanta firmeza,

Que cuando al golpe murieron  
 De su implacable soberbia  
 Las más puras amistades,  
 Las afecciones más tiernas,

Quedó una imagen tan sólo  
 Inmutable en su alma inquieta:  
 Ramiro, con su aureola  
 De saber y de prudencia.

## IV

El sol ya desde su altura  
Nos anuncia el medio día;  
Detengámonos, viajero,  
Si su luz os mortifica.

Aquí con espesas ramas  
Sombra nos dan las encinas;  
Y al par que truncados pinos  
Cómodos asientos brindan,

Gratos, salubres aromas,  
Prez del monte, nos envían  
La *salvia* de azules flores  
Y la agreste *siempreviva*.

Sentémonos, si os agrada,  
Y en tanto que el sol declina  
Seguiré, pues lo anhelaís,  
En mi narración prolija.

Ese valle silencioso  
Que al pié veis de esta colina,  
Donde erguido el santuario  
De alegre aldea se mira,

Los apagados recuerdos  
De mi corazón reanima,  
Imágenes despertando  
De mis ya olvidadas dichas.

Por el buen consejo Berta  
De sus más fieles amigas,  
Quiso anticipar las bodas  
De su taciturna hija.

«Verás cuál Luz en sí vuelve,»  
Oficiosas repetían,  
«Cuando á los cuidados tenga  
Que atender dé la familia.»

Y sin contar con la vénia  
De la jóven prometida,  
Para el anhelado enlace  
Señalóse al fin el día.

## V

Áun al pié de esta colina  
 Por esas verdes cañadas  
 Ver juzgo á Luz y á Ramiro  
 Cual en época lejana.

La casa que en ese otero  
 Entre arbustos se levanta,  
 Es la que debió algun día  
 Ser su dichosa morada.

Y pues que todo de entrámbos  
 En este sitio me habla,  
 Permitid que de sus bodas  
 Relato veraz os haga.

Os describiré las fiestas  
 En el valle celebradas,  
 Cual si desde aquí pudiéramos  
 Todos al par contemplarlas.

Si os muestro invisibles seres,  
 No me juzgueis insensata;  
 Es que en sus recuerdos vive  
 Y goza y sufre la anciana.==

Así dice: y cual si presa  
 De alucinacion extraña  
 Los ya lejanos sucesos  
 Á su vista se mostraran,

De pié, los brazos tendiendo,  
 Con la faz transfigurada,  
 Tal, señalando á la aldea,  
 Torna á proseguir la anciana:

=Como anuncio de ventura  
 La hora llega señalada:  
 Ved cuál el pueblo afanoso  
 Despierta al rayar el alba.

Alegres niños caminan,  
 Regando con verdes ramas  
 La senda que desde el templo  
 Llega hasta la humilde casa.

En torno de los nogales  
Que contemplais á su entrada,  
Presto los vecinos todos  
Llegarán de esta comarca.

Mirad prolongadas mesas  
Á su sombra colocadas:  
En una véense, entre flores,  
De los amigos las dádivas;

El frugal almuerzo en otras  
Para el convite se halla;  
Blancos panes, miel y fruta  
Mostrando por toda gala.

No faltarán á la cita,  
Que á los novios todos aman,  
Y acompañarlos en breve  
Deberán al pié del ara.

¡Escuchad!... Ya el rumor grato  
Del tamboril y la flauta,  
Del sol al rayo primero,  
Suenan en valles y cañadas.

Por aquel ancho camino  
Que aquí nos trajo, adelantan  
Los labriegos más sensatos,  
Las más prudentes ancianas.

Con los padres de Luz vienen,  
Y, en ceremoniosa marcha,  
Cual fué desde antiguos tiempos  
En estos valles usanza,

Sobre rechinante carro,  
Que tardos bueyes arrastran,  
De la novia el ajuar llevan  
Á su futura morada.

Agrupados van los muebles  
Cual pirámide gallarda,  
Vistosa colcha los cubre,  
Y en la cúspide se alza,

Como grandioso trofeo,  
La humilde rueca de caña:  
La rueca, cetro de gloria  
De la campesina honrada.

Por aquel lejano otero  
Ya aparecen las muchachas:  
Con ellas la novia viene,  
Cual ninguna engalanada.

Túnica de blanco lino  
Lleva, sutil como el aura,  
Que á su delgada cintura  
Sujetan azules bandas.

Ciñe sus rubios cabellos  
Corona de flores blancas,  
Y recogen níveos ramos  
En pliegues su airosa falda.

Risueñas llegan las jóvenes  
Ensayando alegres danzas,  
Y de ella en torno cadenas  
Fingen con verdes guirnaldas.

Mas viendo que las familias  
Ya ante la mansion aguardan,  
Agrúpanse y así en coro  
Con voz conmovida cantan:

«La esposa que ofrecemos  
Es dulce y bella;  
Al esposo busquemos.  
¿Es digno de ella?

Inquieta su madre veló por su adorno;  
El nuestro olvidamos nosotras al par,  
Y unidas corrimos, brindándole en torno  
El ramo y corona de blanco azahar.

Cual con doblado hechizo  
Luce sus galas,  
Entre flores humildes,  
Rosa temprana,  
Tal Luz hermosa,  
Sin rivales descuella  
Entre nosotras.

Son negros sus ojos; modesta y süave,  
Cual rayo de luna de escaso fulgor,  
Su tierna mirada, si tímida ó grave  
Inclinase al peso de santo pudor.

Mas no le iguala á veces,  
 Tal es su brillo,  
 La gota que en las ramas  
 Deja el rocío:  
 La limpia gota  
 Que del sol los reflejos  
 Recibe y copia.

Cual junco que el lago contempla en su orilla,  
 Gallardo cimbreo su talle gentil,  
 Y muestra en cambiantes su fresca mejilla  
 Los bellos matices del alba en Abril.

Los jóvenes la aplauden,  
 Y los ancianos  
 Conmovidos evocan  
 Recuerdos gratos;  
 Gratos recuerdos  
 De juveniles dichas  
 Y alegres sueños.

La esposa que ofrecemos  
 Es dulce y bella;

Al esposo busquemos.  
 ¿Es digno de ella?»

Del grupo que las espera  
 Los ancianos se adelantan,  
 Y, tendiéndoles las manos,  
 Entonan con voz cansada:

«Garridas doncellas, con dignos loores  
 Cantad de la esposa la gracia y bondad;  
 Guirnaldas brindadle de mirtos y flores,  
 De flores y mirtos su senda alfombrad.

Tambien para vosotras  
 Llegará el día  
 En que debais cual ella  
 Ser aplaudidas,  
 Y vuestra senda  
 De mirtos y de flores  
 Veréis cubierta.»

En tanto, ya los mancebos  
 Aparecen á distancia,

Y tal al verlos prorumpen  
Con débil voz las ancianas:

«De jóvenes cercado  
Llega el esposo.  
¿Descollar sin rivales  
Logra entre todos?

Si no es el primero; si en gracia y cordura

La palma del triunfo jamás consiguió;

Si llanto de orgullo y al par de ternura

Su madre al mirarlo jamás derramó;

Si no es gentil su talle;

Si no es su brazo

Como cepa de viña

Fuerte y gallardo,

Como la cepa

Que, enlazada al arbusto,

Sostén le presta;

Si las jóvenes todas

Mudas lo miran,

Y de la amada el triunfo

Ninguna envidia;

Si á su llegada

Nó en aplausos prorumpen

Cuantos le aguardan;

Que no audaz ambicione

Ser compañero

De la joven hermosa

Que hoy ofrecemos:

Su mano obtenga

Quien fuere de tal gloria

Digno en la aldea.»

Con firme voz, respondiendo,

Así los jóvenes cantan:

«Ya el prometido esposo

Busca á su amada;

Vuestros temores cesen,

Buenas ancianas:

Que de Luz bella



No hay uno que la mano

Cual él merezca.

Es fuerte, cual roble que el valle domina;

Cual sáuce frondoso, gallardo es al par;

La estrella del bueno su rostro ilumina;

Ninguno en virtudes le puede igualar.

El primero entre todos

Él se presenta,

Sufrido en el trabajo,

Fuerte en las penas.

Dulce su acento,

Lleva á las almas todas

Paz y consuelo.

Aplausos consigue su noble cordura;

En gracia y donaire de todos triunfó,

Y llanto de orgullo y al par de ternura

Su madre mil veces por él derramó.

Inmútanse las jóvenes

Si ante él se miran,

Y de Luz la ventura

Todas envidian.

¡Batid las palmas!

Ya el prometido esposo

Busca á su amada.»

Dice, y estruendoso aplauso,

Que repiten las comarcas,

Á todos revela al punto

De Ramiro la llegada.

Luz, trémula, sin aliento,

Inclina la frente pálida;

Sus amigas la sostienen

Para que al suelo no caiga.

Con acento cariñoso

Él le dice al contemplarla:

«¿Por qué sobre tu frente,

Casta paloma,

Temblar miro las flores

De tu corona?

¿Quizás te arredra

Dar el sí que mi alma

Gozosa espera?

No es dura esa palabra,  
 Niña inocente;  
 Al pronunciarla, acaso  
 Dulce la encuentres:  
 Tal vez un día  
 Venturosa te juzgues  
 En repetirla.

La expresan en sus cantos  
 Mirlos y alondras,  
 Y en sentidos arrullos  
 Al par la tórtola.  
 Valles y llanos  
 Á ella deben su vida,  
 Á ella su encanto.

Cual la luna en su corte  
 De albas estrellas,  
 Tal entre tus amigas  
 Pálida llegas.  
 Llegas, y aplauden  
 Tu modestia y tus gracias  
 Selvas y valles.

Al verte, su ramaje  
 Dobla la encina,  
 Tiende el césped su alfombra  
 Blanda y florida;  
 Miéntras la acacia  
 Brinda en sus niveos ramos  
 Dulce fragancia.

Vén, que todos te aguardan,  
 Casta paloma;  
 No tiemblen los capullos  
 De tu corona:  
 Vén, y no temas  
 Dar el *si* que mi alma  
 «Gozosa espera» (1).

## VI

Ya en el lugar designado  
 Reunidos todos se hallan,  
 Y con cariñosas frases  
 Mutuos parabienes cambian.

Las ocho dan. En el templo  
Toca á misa la campana;  
Á partir la comitiva  
Mírase al punto aprestada.

Los mancebos abren paso,  
Siguen en pos las muchachas,  
Los más ancianos presiden,  
Al par cerrando la marcha:

Y á los prolongados sonos  
Del tamboril y la flauta,  
Todos á Luz y á Ramiro  
En bellos cantos ensalzan.

Óyese el toque segundo  
Y con más prisa adelantan,  
Comprendiendo que en la iglesia  
El buen sacerdote aguarda.

Ántes del toque postrero  
Muchos llegan á su entrada,  
Mas algo que les sorprende  
Ven los viejos á distancia.

Miran que del santuario  
El umbral ninguno salva;  
Que en confusion inaudita  
Todo el concurso se halla.

Acércanse silenciosos....  
Á sus inquietas miradas  
Negro cuadro se presenta  
Que los conmueve y espanta.

La pobre Luz, sin aliento,  
Presa de congoja extraña,  
Lágrimas vierte á raudales,  
Hondos gemidos exhala.

Á sus padres se aproxima  
Con la vista extraviada,  
Y, de las manos asiéndolos,  
Así delirante exclama:

«Con esta union, para siempre  
Muerte dais á mi esperanza,  
Cuándo con otra existencia  
Sueña afanosa mi alma.

¡Dejadme! Nó; yo no puedo  
Seguir miserable esclava,  
Y romperé las cadenas  
Que de aprisionarme tratan.»

Así dice: la corona  
Fiera de su frente arranca;  
Á cuantos mira á su lado  
Con dura altivez rechaza,

Y huye y veloz desaparece  
Por las florestas cercanas,  
Sin que en torno las amigas  
Impedir logren su marcha.

Algunos, en pos siguiéndola,  
Al triste padre acompañan;  
Otros, á su casa llevan  
Á la madre infortunada.

El buen cura á los gemidos  
Acude al punto, mas vanas  
Son para calmar la angustia  
Sus cariñosas palabras.

No hay labios que no suspiren,  
Ojos que no viertan lágrimas,  
Y el día que ser debiera  
De júbilo y bienandanza,

En día de amargo duelo  
Conviértese por desgracia,  
Del que perpétua memoria  
Ha de guardar la comarca.==

Así diciendo, llorosa  
Guardó silencio la anciana;  
Mas de su noble semblante  
Renació en breve la calma.

Y velando su tristeza  
Con sonrisa dulce y franca,  
Su interrumpido relato  
Digna prosiguió y pausada.

## VII

=Pasó algun tiempo: en vano  
 Aquellos lazos rotos  
 Unir con fieles votos  
 El párroco anheló.  
 Ramiro al buen anciano  
 Prestó siempre acogida;  
 La jóven prometida  
 Sus ruegos desdeñó.

De Berta en la morada  
 Reinó al fin la amargura;  
 Que en honda desventura  
 Al ver sumida á Luz,  
 Vejez anticipada  
 Rindió al benigno padre;  
 Gimió la triste madre  
 Al peso de su cruz.

Con necio afán en tanto  
 La jóven se desvela;  
 Ni áun ella lo que anhela  
 Acierta á comprender;  
 Que ya el falaz encanto  
 Del mundo la alucina,  
 Ya trémula adivina  
 Cuán falso es su placer.

Mas una imágen grata  
 De dicha y fausto y gloria  
 Jamás de su memoria  
 Consigue desterrar:  
 La alegre cabalgata  
 Quedó en su mente impresa,  
 Y nombra á la Princesa  
 Su labio sin cesar.

La nombra, y en su pecho  
 Levantan sorda lidia  
 El grito de la envidia,  
 La voz de la razon;

Y amaga aquel despecho  
Que mina su existencia,  
Nublar su inteligencia  
Y herir su corazón.

Benignos aconsejan  
Los más doctos del valle  
Que obstáculos no halle;  
De Luz la voluntad.

Salir todos la dejan  
En paz de su cabaña,  
Y logra, á todo extraña,  
Gemir con libertad.

Mas siempre, aunque distante,  
Ramiro en pos la sigue,  
Y oculto ser consigue  
Su genio tutelar.

Y oyéndola anhelante  
Lanzar quejas al viento,  
Logró de aquel tormento  
La causa adivinar.

«¡Bastardas ambiciones!»  
Con triste voz murmura:  
«¿De un alma noble y pura  
Quién tal pudo creer...?»

Mas pronto á las pasiones  
Que rugen en su seno  
Sabré seguro freno  
Benéfico poner.»

Oculto plan, tranquilo,  
Trazó desde aquel día;  
Y en tanto que seguía  
Callado de ella en pos,  
Mensaje con sigilo  
Dirige á la Princesa,  
Acierto en tal empresa  
Pidiendo humilde á Dios.

## VIII

¡Qué hechizo el campo tiene  
 Para todo el que en él medita ó sueña!  
 El alivio que Luz no halla en el pueblo  
 Quizás la agreste soledad le presta.

En apacible tarde  
 De alegre primavera,  
 La jóven, sola y triste,  
 Dirígese á la selva.

Allí cómodo asiento  
 Bajo una encina secular encuentra,  
 Y, apoyando en la rama el diestro brazo,  
 Lánguida en él reclina la cabeza.

Aquel grato silencio,  
 La paz que en torno reina,  
 Del moribundo día  
 La claridad incierta,

El aire tibio y puro  
 Que en blando arrullo sin cesar le lleva  
 Ese aroma sin nombre que tan sólo  
 Aspírase en las vírgenes florestas,

Reaniman poco á poco  
 Su helada inteligencia:  
 Recuerdos adormidos  
 Benéficos despiertan;  
 Recuerdos de la infancia,  
 Imágenes de amor y de inocencia;  
 Y á sus amantes padres y á Ramiro  
 Extasiado su espíritu contempla.

En tanto la campana  
 Se escucha de la iglesia.  
 Es la oracion: la jóven  
 La faz inclina y reza.  
 Tranquila al fin sintiéndose,  
 Volver en breve á su mansion anhela,  
 Mientras pausado el astro de la noche  
 Las copas de los árboles platea.

De pronto en el silencio  
 La dulce voz se eleva  
 De ruiseñor amante,  
 Oculto en la arboleda.  
 Luz escúchalo inmóvil:  
 La mágica armonía, la belleza  
 De aquel canto sentido y cadencioso  
 Que en tan profunda soledad resuena,  
 De súbito le inspiran  
 Fantásticas ideas;  
 De su calmado espíritu  
 La agitación renuevan:  
 Y del cantor del bosque  
 Aplaudiendo las mágicas endechas,  
 Tal, pausada, entre lágrimas murmura  
 Con triste voz que su ansiedad revela:

«¿De que sirve la pureza  
 De tus notas sin rivales,  
 Si en la rústica aspereza  
 De estos yermos robledales  
 Escuchadas no serán?

¿Ni qué importa la viveza  
 Con que pintas tus dolores,  
 Si el hechizo y la grandeza  
 De tus cántigas de amores  
 Ignorados quedarán?

¿Tú aquí moras, cuando sabes  
 Que en mansiones opulentas  
 Acogidas otras aves  
 De ansiedad logran exentas  
 Entre dichas existir?  
 Bajo egregias y anchas naves  
 De dorados artesones,  
 Ora dulces, ora graves,  
 ¡Cuál lograrán tus canciones  
 Justo aplauso recibir!

Avecilla trinadora  
 Olvidada en toco nido,  
 Tu destino sufre y llora....  
 ¡Yo también en el olvido  
 Cual tú debo suspirar!



Su esperanza halagadora  
 Otras plácidas realizan....  
 Á mí el tedio me devora,  
 Y mis años se deslizan  
 Entre sombras de pesar.

Pues tambien logra conmigo  
 La fortuna ser contraria,  
 Á escuchar tu acento amigo,  
 Avecilla solitaria,  
 De tu ruta vendré en pos.  
 Quizá aliento halle contigo....  
 Si sufrir ámbas debemos,  
 De estas ramas al abrigo  
 Nuestras suerte deploremos,  
 Suspirando al par las dos.»

Dijo; enjugó sus lágrimas,  
 Y, abandonando tímida la selva,  
 Á la luz apacible de la luna  
 En breve á su morada dió la vuelta.

## IX

Trascurre Mayo. Ramiro  
 Llega en alegre mañana  
 Adonde Luz con sus padres  
 Muda cual siempre se halla.

Un pajarillo conduce  
 Cautivo en pequeña jaula.  
 «¡El ruiseñor!» al mirarlo,  
 La jóven absorta exclama:

«Sí, el ruiseñor,» él repite,  
 «Sentí al escucharlo lástima.  
 ¡Alzaba sus dulces trinos  
 En la selva solitaria!

Logré alcanzarlo.... Dichoso  
 Contigo á más digna estancia  
 Irá, donde sus cantares  
 Hallen cumplida alabanza.»

«¿Mas acaso,» Luz replica,  
 «Mayor ventura le aguarda  
 Que en sus apartados bosques  
 En mi desierta cabaña?»

«Es que opulento palacio  
 Será en breve tu morada:  
 La dicha ocultar no debo  
 Que el destino te depara....»

Y abierto pliego entregando  
 Á los padres de su amada,  
 Con apasionado acento  
 Así de nuevo le habla:

«Harto adiviné, Luz mia,  
 Que eras aquí desdichada;  
 Y la tristeza profunda  
 Al comprender de tu alma,

Gracias para tí en secreto  
 Pedí á la opulenta dama  
 Que cariñosa no há mucho  
 Visitó nuestras comarcas.

Hoy la princesa Matilde,  
 Accediendo á mi demanda,  
 Te espera: dones sin cuento  
 Apresta con mano franca.

Lujo encontrarás y honores....  
 Tendrás riquezas sin tasa....  
 ¡Parte, pues! Nuestra fortuna  
 Con tu propia dicha labras.»

«¿Será verdad, hija mia?  
 ¿De mi lado te separan?»  
 Estrechándola en sus brazos  
 La misera Berta exclama.

La jóven guarda silencio,  
 Vacila y tiembla al mirarla.  
 En tanto, calladas frases  
 El padre y Ramiro cambian.

«El cielo así lo dispone,  
 Debes partir sin tardanza;»  
 Absorto el benigno anciano  
 Dice con voz apagada.

La madre ruega sumisa  
Y amargas quejas exhala,  
Mas ni Gabriel ni Ramiro  
Acceden á su demanda.

La decision es segura.  
Pronto en aquella morada  
El más crüel abandono  
Tenderá sus negras alas.

Llegó la anunciada hora,  
Tan temida y anhelada  
De la jóven, en que debe  
Al fin emprender su marcha.

Al verla salir tan tímida  
Con su traje de aldeana;  
Al contemplar de sus ojos  
La bondadosa mirada,

Y la infantil complacencia  
Al notar con que llevaba  
Al ruiseñor prisionero  
En la primorosa jaula,

Más que á la audaz soñadora,  
De ciega ambicion esclava,  
En ella de la inocencia  
La bella imágen se hallára.

Las moradoras del valle  
Á verla partir llegaban;  
Las jóvenes con envidia,  
Con tristeza las ancianas.

Todas, de la madre en torno,  
Con honda pena miraban  
Al anciano y á su hija  
Seguir ligeros su marcha,

Miéntas Luz á cada paso  
Atrás volviendo la cara,  
«¡Adios, adios!» repetia  
Entre sonrisas y lágrimas.

Densos vapores se alzaron  
Velando del sol la llama;  
Nube empero más sombría  
Quedó de Berta en el alma.

## EL AVE PRISIONERA

(LEYENDA)

### PARTE II

#### I

Soberbio era el palacio  
 Del príncipe Guillermo, prez de Francia:  
 En su anchuroso espacio  
 El lujo acumuló cuanto pudiera  
 Soñar la más ardiente fantasía;  
 Que de obras mil al mágico tesoro,  
 Acopiadas por cien generaciones,  
 La edad moderna á la sazón unía  
 El prodigioso encanto de sus dones.  
 El buen gusto y el claro entendimiento,  
 Con los que el genio su poder comparte,  
 Allí prestaban escogido asiento

Á las joyas magníficas del arte:  
 Que el Príncipe y su noble compañera,  
 Astros de ilustracion, su franca mano  
 Espléndidos tendian  
 Á cuantos el destello soberano  
 De la creadora inspiracion sentian.  
 En encumbrada esfera  
 De la escala social ellos nacidos,  
 Poseedores al par de gran fortuna,  
 Con tímbrs de más precio ennoblecidos  
 Por sus virtudes y saber profundo,  
 ¿Cómo no ser con júbilo acogidos?  
 ¿Mira jamás indiferente el mundo  
 Al que dichoso aduna  
 Tan altos dones á su egregia cuna?  
 Ámbos por donde quiera  
 Aplaudidos mirábase á su paso,  
 Y eterno triunfo su existencia era.  
 Mas no tal bien, acaso,  
 Hacer logró completa su ventura;  
 Otra por siempre el alma  
 Inquieta de los dos soñó más pura....

¡La dicha del hogar!... Modesta palma  
 Que en el sosiego crece  
 Al plácido calor de la familia,  
 Y el sentimiento anima y engrandece  
 Y al par la gloria y la quietud concilia.

¡La dicha del hogar!... Ellos, en vano  
 Anhelaron tan dulce bienandanza;  
 Fué su propia grandeza su tirano:  
 Corteses atenciones,  
 Ceremoniosas frases de alabanza  
 Rendíanles, y en tanto á sus oídos  
 De sinceras y tiernas afecciones  
 No llegaba jamás la voz amiga  
 Que el bien acrece y el dolor mitiga.  
 Nunca instantes risueños  
 De solaz y expansion gozar lograron;  
 Y si en plácidos sueños  
 Quizás á veces con afan oculto  
 Rendir ambicionaron  
 Al arte y al saber férvido culto,  
 Pronto sus ilusiones

Arrebató del mundo la corriente,  
 Y al ocio que demandan los salones  
 Al fin doblaron con dolor la frente.  
 Aherrojada la mente,  
 La voluntad sujeta  
 Á las prácticas vanas  
 Que impone al poderoso  
 Implacable en sus leyes la etiqueta,  
 ¿Para entrámbos la dicha existiría?  
 El mundo venturosos los creía;  
 Mas, ¡desdichado aquel que de su techo  
 Bajo los esmaltados artesones  
 De ignorada ansiedad la hiel apura,  
 Y de su herido pecho  
 Oculta, sonriendo, la amargura!

## II

En el salon más risueño  
 De aquella egregia morada,  
 Sentóse muda y pausada  
 Su dueña, ante un velador.

Advertíanse en su rostro,  
Deslumbrante de belleza,  
Nube de vaga tristeza,  
Huellas de oculto dolor.

Y al Príncipe contemplando,  
Que á su lado tomó asiento,  
Dijo, con festivo acento  
Ocultando su ansiedad:

*«¿De qué le sirve al cautivo  
Tener los grillos de oro,  
Si le roban el tesoro  
De su dulce libertad?*

*¿Qué importan las pompas vanas  
Que engrandecen mi existencia?  
¿Cuántas son en la indigencia  
Más venturosas que yo?»*

Y pliegos cien presentando  
Que halló en la mesa reunidos,  
En desórden esparcidos  
Dejándolos, prosiguió:

«Con vivo afán nos invitan;  
Y aunque el hastío nos hiele,  
Aunque el dolor nos desvele,  
Es forzoso obedecer:

Cercarnos todos anhelan,  
Y en nuestra franca sonrisa  
Quieren segura divisa  
De adhesión constante ver.

Más ignoran los que acaso  
Con prueba tal nos acatan,  
Que el bien más grande arrebatan  
De nuestra vida fugaz.

¡El tiempo! Para nosotros  
No esas horas aparecen  
Que al pueblo en su hogar ofrecen  
Dulce bienandanza y paz.

Por donde quiera que vamos  
Curiosos mil nos espían,  
Y ufanos tal vez ansían  
Nuestras palabras oír.

Aún en nuestro propio albergue,  
 De curiosidad objeto,  
 Nos hace un celo indiscreto  
 Encadenados gemir.

Mas ¡ah! que si nos faltase  
 Ese misterioso culto,  
 Quizás en ello un insulto  
 Juzgara nuestra inquietud.

Que ofrécenos la opulencia  
 Cuantos duelos nos afligen,  
 Y en ella tiene su origen  
 Nuestra acerba esclavitud.»

Así expresábase. El Príncipe  
 Silencio guardó escuchándola,  
 Y tan triste contemplándola,  
 Dijo con viva emoción:

«¡Á los caprichos del mundo  
 Vivir siempre esclavizados...!  
 Somos harto desdichados:  
 Tienes, Matilde, razón.»

Mas obedeciendo al punto  
 Á distinto sentimiento,  
 «¡Nó!» dijo con firme acento,  
 «Tu queja infundada es.»  
 Y á las obras señalando  
 Que ostentaban sus salones,  
 Tal añadió: «Esas creaciones  
 Que ornar tus estancias ves;

Esos tesoros del arte  
 Deben quizás su existencia  
 Al valor que tu opulencia  
 Sabe al mérito inspirar.

Y si á preclaros artistas  
 Protección digna ofrecemos,  
 Si nuestra su gloria hacemos,  
 ¿Qué más dicha ambicionar?»

Muda la dama, en el prócer  
 Sus grandes ojos fijando,  
 Quedó; mas en sí tornando,  
 Pudo en breve responder:

«En buen hora el poderoso  
Esos portentos admire,  
Mas nunca en ellos aspire  
Su propia grandeza á ver.

Los genios por sí se encumbran:  
Aunque el pesar los abrume,  
Nó el fuego que los consume  
Puede infecundo quedar.

¡Darles proteccion...! ¡Nó! De ellos  
Nosotros la demandamos  
Cuando á sus triunfos ansiamos  
Nuestros nombres adunar.»

Iba á seguir, mas un paje  
Pequeña carta sellada,  
En bandeja cincelada,  
Reverente presentó.

Con curiosidad de niña  
La abrió al punto la Princesa,  
Y de júbilo y sorpresa  
Ahogado grito exhaló.

Y, sonriendo, á su esposo  
Dijo con grata dulzura;  
«Mi ilusoria desventura  
Compensada vése ya.

Luz, la pobre campesina  
Á quien proteger intento,  
Instalada en su aposento  
Aguardándonos está.

Ya que cuando en necio alarde  
Nuestra heredad recorrimos  
De insensato lujo hicimos  
Tan pueril ostentacion;

Y aquel tan brillante séquito  
Despertar logró la envidia  
Que destroza en sorda lidia  
De esa niña el corazon;

Abrámosle nuestros brazos,  
Protejamos su inocencia:  
Consiga nuestra opulencia  
Labrar su felicidad.



Ya mi suerte no deploro;  
 Que tan alto beneficio  
 Bien merece el sacrificio  
 De mi ansiada libertad.»

Dijo: á la humilde aldeana  
 Dar quiso la bienvenida,  
 Y, del Príncipe seguida,  
 Apresurada corrió.

Mas un momento detívose  
 Y, al par las manos cruzando,  
 La vista al cielo elevando,  
 Anhelante murmuró:

«¡Hacer bien! Dicha que el cielo  
 Al poderoso concede....  
 Si alcanzar tal honra puede  
 Mi noble solicitud,

Doblaré la frente al yugo  
 Que implacable me encadena,  
 Y áun sabré, de gozo llena,  
 Bendecir mi esclavitud.»

## III

Si el triste que ciego nace  
 Y en profunda noche pasa  
 La juventud, de improviso  
 Dichoso á ver alcanzara;

¡Con qué asombro volveria  
 En derredor la mirada,  
 De la creacion contemplando  
 Las desconocidas galas!

No menor es la sorpresa  
 De la jóven aldeana  
 Al contemplar los prodigios  
 De tan opulenta casa.

Ella ansiosa la recorre,  
 Aturdida, fascinada,  
 Una por una observando  
 Las maravillas que guarda.

En los ricos aposentos  
Destinados á hospedarla,  
Cuanto ambicionar pudiera  
Con mudo alborozo alcanza.

Ya en risueño gabinete,  
Que por ojivas gallardas  
De extenso parque recibe  
Á un tiempo luz y fragancia,

Más que los muebles magníficos,  
Incrustados de oro y nácar,  
Numerosa biblioteca  
Le sorprende y entusiasma.

Ora en salón donde unido  
En luengos estantes halla  
Cuanto de los pueblos todos  
Los adelantos señala,

Ante las obras detiéndose  
Que la ciencia busca y salva  
Del polvo en que las sepultan  
El desden y la ignorancia.

Allí admira los portentos  
De la griega estatuaria,  
Y los que dan testimonio  
De las grandezas romanas;

Allí los preciosos vasos  
De ya extinguidas cerámicas,  
Mosáicos, esmaltes, joyas  
Y desconocidas armas.

Los caprichosos objetos  
Que, cual por obra de magia,  
En marfil, en concha, en oro  
El chino industrioso labra.

Cuanto el más diestro anticuario  
En adquirir se afanara;  
Cuanto crear consiguieron  
La industria y paciencia humanas,

Todo á su vista preséntase,  
Y en profusión tan extraña,  
Que al más osado deseo  
Sobrepujar alcanzara.

Empero mayor asombro  
Quizás á la jóven causa  
Su tocador, que parece  
Adornado por las hadas.

Pérsica alfombra lo viste,  
Y muro y techo se hallan  
Cubiertos de azul brocado,  
Que ornan estrellas de plata.

De la elevada techumbre  
En pliegues airosos baja,  
Como nube trasparente,  
Pabellon de nívea gasa,

Que esmaltados geniecillos  
De deslumbradoras alas  
Sujetan de trecho en trecho  
Con caprichosas guirnaldas.

Estatuas de bronce miranse,  
Hábilmente colocadas,  
Que entre los altos espejos,  
Cual silenciosas esclavas,

Gigantes ramos sostienen  
En canastillas gallardas,  
Y candelabros sin número,  
Y pebeteros y lámparas;

Miéntras ninfas de alabastro  
Brindan primorosas cajas  
Y dorados botecillos  
Que ricas esencias guardan.

Presas la niña juzgándose  
De alucinacion extraña,  
En mudas contemplaciones  
Inmóvil las horas pasa.

En tan soberbio palacio  
Quizás siéntese humillada;  
Mas pronto de tal tristeza  
Su buen sentido la salva,

Á su opulencia mostrándose  
De tal modo habituada,  
Que con majestad de reina  
Ostentar sabe sus galas,

Y responder dignamente  
 Á las numerosas damas  
 Que, á ejemplo de su señora,  
 En complacerla se afanan.

Empero bien más cumplido  
 Pronto la jóven alcanza:  
 Alto lugar la Princesa  
 En su mansion le señala,

Con la verdad en los labios,  
 Con el cariño en el alma,  
 Y nó con pérvida mofa,  
 Que hiera á traicion y mata.

Á sus amigos y deudos  
 Se complace en presentarla;  
 Sencilla flor de sus bosques  
 Benigna siempre la llama,

Y consejos bondadosos  
 Le da cual madre sensata,  
 Porque dignamente ocupe  
 El puesto que le depara.

## IV

De exquisitas atenciones  
 Mírase Luz rodëada,  
 Y en espléndidos salones  
 Ya realiza entusiasmada  
 Sus más bellas ilusiones.

No falta al verla quien tilde,  
 Con libertad inaudita,  
 Que la princesa Matilde  
 Mire en jóven tan humilde  
 Su doncella favorita:

Y añaden que la extravia  
 Tal su compasion por ella,  
 Que, sin ver su jerarquía,  
 Quiere de tosca doncella  
 Dama hacer de compañía.

Empero ignoran que ufana  
 Bien pudiera la payesa  
 Decir á la envidia insana:  
 «Soy aún más; que la Princesa  
 Es mi bondadosa hermana.»

Y es su hermana. Cuando sabe  
 Que el mundo asaz la critica,  
 Á un tiempo sencilla y grave  
 Á todos con voz süave  
 La egregia dama replica:

«Dejadme que á esa inocente  
 Pueda devolver la calma,  
 Ya que mi orgullo imprudente  
 Despertó la llama ardiente  
 De la ambicion en su alma.

Dejad que á mi lado vea  
 Cuán falaz es la ventura  
 Que osada su mente créa,  
 Y del mundo la amargura  
 Patente á sus ojos sea.

La realidad toque y pruebe  
 Del esplendor que la ofusca;  
 Dejad que hasta mí la eleve;  
 La razon le dirá en breve  
 Cuán vano es el bien que busca.

Romper ambiciono el velo  
 De su mísera ignorancia,  
 Dirigir su vista al cielo,  
 Y la piedad en mi anhelo  
 Valor me infunde y constancia.»

Dice: mirarla á su altura  
 Ambicionando impaciente,  
 Pronto con mano segura  
 De bienandanza y cultura  
 Brindóle copiosa fuente.

En su raudal cristalino  
 Ella la sed apagando,  
 Ennoblecíó su destino,  
 La antorcha de su camino  
 En la ilustracion mirando.

Mas tal su afan la arrebató  
 Y su ambicion la enajena,  
 Que á sus padres, insensata,  
 Menosprecia, siendo, ingrata,  
 Á sus recuerdos ajena.

Si al fin alcanzó victoria,  
 Y nó en tristes devaneos  
 Fué su esperanza ilusoria,  
 Si realiza sus deseos,  
 ¿Dónde hallar más alta gloria?

## V

Pasaba el tiempo: en su veloz carrera,  
 Rica ya de instruccion la jóven ruda,  
 Truécase en digna dama, á quien doquiera,  
 Con lengua lisonjera,  
 La impresionable multitud saluda.

Y en tanto que su vivo entendimiento  
 La antorcha del saber engrandecia,  
 La delicada flor del sentimiento,  
 Con celestial portento,  
 En su benigno corazón se abría.

Luz aprendió á sentir: mágica ciencia  
 De que la noble humanidad se ufana;  
 Númen de la más clara inteligencia  
 Que, grande en la conciencia,  
 Con la razon la caridad hermana.

Á sentir aprendió: claras lecciones  
 Halló en la esclavitud de su señora,  
 Y adivinar, tras duras decepciones,  
 Pudo las aflicciones  
 Que con su lujo la opulencia dora.

No fué en verdad su aprendizaje largo;  
 La dulce copa que gustó sedienta  
 Hízole conocer su fondo amargo,  
 Y del feliz letargo  
 Ya despertar desengañada intenta.

Y si la egregia dama, en el momento  
 En que sus joyas por deber ceñía,  
 «¿Me envidias?» preguntaba sin aliento,  
 Ella con triste acento  
 «Señora, os compadezco,» respondía.

Supo sentir, y con mayor nobleza  
 El vuelo sus ideas remontaban,  
 Y cual mudo reproche á su dureza  
 En sombras de tristeza  
 Sus dormidos recuerdos despertaban.

Muda á veces sufría comparando  
 Su antigua dicha y su presente gloria;  
 Y como sol tinieblas disipando,  
 Íbase despertando  
 La imágen del hogar en su memoria.

Á veces figurábase en sosiego  
 El gemido escuchar de su buen padre;  
 Del honrado Ramiro, de amor ciego,  
 El cariñoso ruego,  
 Y las dolientes quejas de su madre.

Y deplorando entónces su desvío,  
 Y en su pecho las garras destructoras  
 Al par sintiendo de pesar tardío,  
 Dejaba, en hondo hastío,  
 Impasible correr las tristes horas.

## VI

Nubes primeras de otoño,  
 En vuestras alas sombrías  
 ¡Cuántos recuerdos llevais  
 Al que padece ó medita!

Desde la ojival ventana  
 Que extenso parque domina,  
 Luz mira al opaco cielo  
 Con honda melancolía.

Ya no hay sonrisa en sus labios,  
 Ni fulgor en sus pupilas;  
 De mármol rígida estatua  
 Parece la pobre niña.

Albos encajes adornan  
 Su túnica de batista,  
 Que airosa baja hasta el suelo  
 En anchos pliegues tendida;

Y sobre su espalda cae,  
 Olas formando infinitas,  
 Cual luengo manto de oro,  
 Su cabellera magnífica.

El aire risueño en vano  
 Sus blondos rizos agita;  
 En vano de los jazmines  
 El grato aroma le brinda:

Á letal indiferencia  
 Ella muéstrase rendida;  
 Que léjos de allí, ¡muy léjos!  
 Su pensamiento camina.

Cruza en el pecho las manos  
 Y, silenciosa, la vista  
 En el más lejano término  
 Del triste horizonte fija.

Y mientras correr las horas  
 En largo silencio mira,  
 Así en el fondo del alma  
 Sin voz su conciencia grita:

«Pobre hogar abandonado  
 Por mi vanidad impía,  
 ¿No es verdad que hoy á tu sombra  
 Desden mi recuerdo inspira?

¡Padres! ¡Ramiro! ¡Mis deudos!  
 ¡Mis cariñosas amigas!...  
 ¿Podeis sospechar que ingrato  
 Mi corazon os olvida?

Si sorda fui á los consejos  
 Y á la súplica benigna,  
 Que cual cadenas de flores  
 Aprisionarme querian;

Si de la soberbia al grito  
 Sólo acudí, ya rendida,  
 Cuanto desdeñé insensata,  
 Hoy recuerdo con envidia.



¡Ay, mis apartados valles!  
 ¡Ay, mi risueña casita!...  
 ¿Qué se hicieron, qué se hicieron  
 Mis pasadas alegrías?

Padres, que llorais mi ausencia,  
 Yo causo vuestra desdicha....  
 ¡Yo, que debí ser consuelo  
 De vuestros amargos días!

¿Me odiais? ¿De vuestro cariño  
 La pobre Luz ya no es digna?...  
 ¿El tenaz remordimiento  
 No veis que me martiriza?

¿La angustia comprende acaso  
 De su amorosa familia,  
 Al abandonar su nido,  
 Inexperta el avecilla?

Empero tú la comprendes,  
 Ruisenior, humilde víctima  
 De mis vanidades locas,  
 De mis caprichos de niña.

No es, pobre amigo, tu pena,  
 Es la memoria querida  
 De tu amada, de tus hijos  
 Lo que te hiere y contrista.

¡Ay de aquel que te aprisiona  
 Y tu ansiedad no adivina,  
 Ni el sentimiento comprende  
 Que tu corazón agita!

Enmudecer te he mirado,  
 Te ví sufrir largos días....  
 ¡Miserable yo, que tus males  
 Pude contemplar tranquila!

Mas hoy ¿cómo, si despiertan  
 Mis afecciones más íntimas;  
 Cómo, si cual tú padezco,  
 No corro á darte la vida?

¿Hallarás tu pobre nido?  
 ¿Te acogerá tu familia?  
 Acaso tu compañera  
 Cual tú de dolor espira.

Quizás.... Mas ¿qué me detiene?  
 ¡Si es tarde! ¡Si por desdicha  
 Llega, tal vez, á su término  
 Tu prolongada agonía!...»

Y obedeciendo de súbito  
 Á su mudo afán la niña,  
 Hacia la espléndida cárcel  
 Del ruiseñor se encamina.

El mísero prisionero  
 Inmóvil allí dormita:  
 Ella al verlo, acongojada,  
 Bajando la faz, suspira.

La noble Princesa acude  
 Y demanda compasiva:  
 «Flor de mis lejanos valles,  
 ¿Qué oculto mal te contrista?»

Alzando el rostro, murmura  
 Luz con amarga sonrisa:  
 «La misma pregunta hacerse  
 Al ruiseñor debería.

Mirad, señora: le cercan  
 Rejas de plata bruñida;  
 Cuidadosos servidores  
 Cuanto apetece le brindan....

Mas ved: en mortal silencio  
 Yace, sus plumas se erizan....  
 Dulce cantor de la selva,  
 ¿Qué oculto mal te aniquila?»

«Yo sé de un ave la historia,»  
 La egregia dama replica:  
 «Escucha y sabrás la causa  
 De su pesar, pobre niña.

En bosque frondoso,  
 Sediento de amores,  
 Su nido entre flores  
 Tejió un ruiseñor.

Mas supo, envidioso,  
 Que aplausos y honores  
 Cien aves hallaban: ansió tal grandeza

Y, audaz, desde entónces miró su pobreza  
Con pena y horror.

El ciego ambicioso,  
Tras largo desvelo,  
Tendió al fin el vuelo,  
Llegó á gran ciudad:

Allí, venturoso  
Realiza su anhelo,  
Mas sabe que esclavo vivir siempre debe.  
Memorias le asaltan, y presa es en breve  
De oculta ansiedad.

Sin vida, lloroso,  
Ni el sueño concilia,  
Ni en larga vigilia  
Fin ve á su dolor.

Recuerda afanoso  
Su tierna familia,  
Sus bosques amados, su hogar que es su templo,  
Y triste enmudece, de amor dando ejemplo:  
De amor dando ejemplo, quizá, el rui señor.

Empero bajas el rostro  
Y acongojada suspiras.  
¿Sufres? El fin de la historia  
Dejemos para otro dia.»

Así dice: á paso lento  
De la estancia se retira,  
Una lágrima enjugando  
Que empañaba su pupila.

Luz alza á poco la frente,  
Afanosa en torno mira,  
Y así al prisionero dice  
Con ansiedad infinita:

«Pobre amigo, la nostalgia  
Nos devora y aniquila;  
Mas yo haré que recobremos  
Con la libertad la vida.»

Su alba túnica de encaje  
Abandona decidida;  
Á vestir vuelve de nuevo  
Su traje de campesina;

Al ruiseñor moribundo  
Coloca en su jaula antigua,  
Y sin vacilar exclama  
Con voz que su afán indica:

«Los benignos corazones  
Ingratitudes olvidan....  
¡Padres, tendedme los brazos;  
Perdonad á vuestra hija!»

## VII

Su proyecto no demora  
La joven, y abandonando  
La rica estancia en que mora,  
Dice, al ruiseñor llevando  
Ante su amada señora:

«De nuevo en vuestra presencia  
Hállanse la flor y el ave;  
Pues sois la suma clemencia,  
Dadnos de partir licencia  
Y nuestra ansiedad acabe.

No sabeis cuál palidece  
La flor que libre en el suelo  
Nació, si esclava aparece  
Y en dorada estufa crece,  
Sin poder mirar al cielo.

Ni sabeis cuán afligida  
El avecilla canora,  
Que en bosque desierto anida,  
Al verse en prisiones, llora  
Por su libertad perdida.

Soy mísera flor, que en vano  
Por recobrar la frescura  
En rica estufa me afano:  
¡Ay! de mi valle lejano  
Devolvedme al aura pura.

Él.... Contemplad.... Bajo el ala  
Dobla triste la cabeza,  
Y amargo gemido exhala:  
Que del campo en la aspereza  
Torne á recobrar su gala.

Caigan, señora, á pedazos  
 Estos dorados canceledos;  
 Que á tender amantes brazos  
 Y á reanudar dulces lazos  
 Tornarán amigos fieles.

Irá el ave al valle ameno  
 Donde construyó sus nidos;  
 Yo, con ánimo sereno,  
 Á reposar en el seno  
 De mis padres afligidos.

Él tornará á su armonía  
 Y vuestra será su gloria:  
 Y yo, con santa alegría,  
 Bendeciré cada día,  
 Humilde, vuestra memoria.»

Quedó la dama un instante  
 Inmóvil y muda oyéndola,  
 Y con tranquilo semblante  
 Así responde, anhelante  
 Y digna hácia sí atrayéndola:

«Venturosa me creiste;  
 Hoy mi suerte no ambicionas,  
 Que al fin tu error comprendiste;  
 Ves que mi existencia es triste  
 Y sin piedad me abandonas.

Yo protegí tu inocencia;  
 Fuentes halló de cultura  
 Tu adormida inteligencia;  
 Y pues alzarte á mi altura  
 Logró mi viva insistencia,

Cual hermanas hoy hablemos;  
 Mas si proseguir del ave  
 La historia pueril debemos,  
 No ya en chanza, en tono grave  
 Á su término lleguemos.

El ruiseñor, pues lo quieres,  
 Torne libre á su pradera;  
 Tú nunca seguirlo esperes,  
 Que de hoy más tú sola eres  
 Aquí el *ave prisionera*.

Miras con airado ceño;  
 Mi acento acaso te abisma;  
 Mas no desisto en mi empeño  
 De que toques por tí misma  
 La falsedad de tu sueño.

Patente el mal quiero hacerte  
 Que te desvela y consume:  
 No puedas, Luz, ofenderte;  
 Y aunque la verdad te abrume,  
 Llega al fin á conocerte.

Si tímida te arredraste  
 Al mirar cuánta amargura  
 Bajo mi esplendor hallaste,  
 Es que nunca en la ventura  
 Que puedo alcanzar soñaste.

Ventura que, cual defensa  
 De los que gimen sin calma,  
 Es tan grande, tan inmensa,  
 Que por sí sola compensa  
 Cuanto sufrir pueda el alma.

Supremo dón que merece  
 Sólo el que á buscarlo aspira,  
 Y á manos llenas lo ofrece  
 La caridad, que engrandece  
 Al que en su aliento se inspira.

Empero el bien sobrehumano  
 Á comprender tú no alcanzas  
 Del que, con próvida mano,  
 Logra al pobre y al anciano  
 Dar consuelos y esperanzas:

Ni el profundo sentimiento  
 Adivinar quizás puedes  
 Del que, con alzado intento,  
 Presta á la virtud aliento  
 Y otorga justas mercedes.

Lograr, segura influencia  
 Ejerciendo en todas partes,  
 Que alcance premios la Ciencia;  
 Ser oculta Providencia  
 De las letras y las artes;

Conseguir que sin medida  
 Halle el talento ovaciones,  
 Y proteccion decidida  
 Dar al trabajo, que es vida  
 Y honra al par de las naciones.

¡El privilegio glorioso  
 De hacer bien...! Tal la ventura  
 Es que alcanza el poderoso,  
 Y benigna le asegura  
 En sus pesares reposo.

¡Hacer bien! Esa es la palma  
 Que mi corazon desea.  
 Si esclava sufro sin calma,  
 Tan noble y piadosa idea,  
 Único afan de mi alma,

Trueca en flores los abrojos  
 Que da el mundo en sus agravios;  
 Y tornan, ya sin enojos,  
 La franca risa á mis labios,  
 El blando sueño á mis ojos.

Nó empero tal excelencia  
 Gloria del magnate, busca  
 En su febril impaciencia  
 Quien, cual tú, de la opulencia  
 Al falso esplendor se ofusca.

En la realidad me fundo:  
 Para el bien es infecundo  
 Quien confia en la esperanza  
 De hallar en perpétua holganza  
 Las dichas todas del mundo.

Juzgas que mi voz te insulta.  
 Nó: con la mano en el pecho  
 Tus sentimientos consulta  
 Y díme la causa oculta  
 De tu pasado despecho.

Las absurdas ilusiones  
 Que inspirar mi fausto pudo;  
 La envidia, las ambiciones....  
 Pobre niña, no te encones  
 Si es quizás mi acento rudo.

Que, aunque tal vez inaudito,  
 Mi atrevimiento parezca,  
 Severa ser necesito.....  
 Nó mi crueldad te entristezca,  
 Sólo tu bien solicito.

Por eso aspiro á encumbrarte,  
 Y seguro el triunfo creo  
 Si logro al fin otorgarte  
 Cuantas dichas presentarte  
 Pudo insaciable el deseo.

De hoy más, cercada de honores  
 Cual á mí propia has de verte;  
 Tendrás dignos servidores,  
 Y vendrán aduladores  
 Aplausos mil á ofrecerte.

Sé, pues, con tal gloria ufana,  
 De la grandeza en la cumbre  
 Blanco de la envidia humana;  
 Que tu pompa soberana  
 Al pueblo todo deslumbre.

Mas la libertad perdida  
 Querrás obtener en vano:  
 Corra entre aplausos tu vida....  
 ¿Qué ventura más cumplida  
 Puede otorgarte mi mano?»

Así dice. Souriente,  
 Con la diestra la saluda:  
 La jóven alza la frente,  
 Quiere hablar.... mas, de repente,  
 Inmóvil quédase y muda.

Convulsa la infortunada  
 Y de mortal fiebre presa,  
 Dobla la faz desmayada,  
 Recibiéndola angustiada  
 En sus brazos la Princesa.



## VIII

En lecho de ébano y nácar,  
 Que esmaltes ricos ostenta  
 Y azul cortina de raso  
 En anchos pliegues rodea,

Desde elevada corona  
 Cayendo, á trechos sujeta  
 Por guirnaldas de jazmines  
 Y cordones de oro y seda,

Luz aletargada yace;  
 Y es tal su sueño, que al verla  
 Cualquiera la juzgaría  
 Aún más que dormida, muerta.

En los blancos almohadones,  
 Sobre su mano derecha,  
 Con postracion infinita  
 Dobla inerte la cabeza.

Al par el siniestro brazo,  
 Que el cendal más limpio vela,  
 Posa con mudo abandono  
 En la bordada cubierta.

Aquella mano tendida  
 Entre las suyas estrecha,  
 Sentada triste á su lado,  
 La compasiva Princesa;

Miéntras en la oscura estancia  
 Con sordos pasos se acercan  
 Sin cesar los servidores  
 Que á tomar órdenes llegan.

Quizás alguna cumpliendo,  
 Sobre no distante mesa  
 Jaula de bruñida plata  
 Un paje en silencio deja.

El ruiseñor, disecado,  
 Vése entre flores en ella,  
 Y así, mirando á la jóven,  
 La ilustre dama se expresa:

«Murió ya tu pobre amigo:  
Mi avecilla prisionera,  
¿Seguirás su misma suerte?  
¿Dicté, acaso, tu sentencia?»

Dice: y lágrimas vertiendo,  
Que su amargura revelan,  
Queda inmóvil largas horas  
Sumergida en honda pena.

## IX

¡Cuál de la pobre aldeana  
Prolóngase la dolencia!  
Los cuidados de la ciencia  
Para ella inútiles son.

Ningun remedio consigne  
Volverla de su desmayo,  
Ni el amortiguado rayo  
Despertar de su razón.

Veces mil las enfermeras  
Solicitas la incorporan,  
Y que les hable le imploran  
Y que las torne á mirar.

Ella, cual llorar ansiando,  
Oprímese airada el pecho,  
Y tras su angustia y despecho  
Inmóvil vuelve á quedar.

Mas, si duermen sus sentidos,  
Su espíritu acaso vela,  
Que su semblante revela  
Á veces mudo terror:

Y ya extraños movimientos  
Oculta ansiedad anuncian,  
Ora sus labios pronuncian  
Mudas frases de dolor.

Por misterio incomprensible  
¿No logra la fiebre misma  
Que en sopor el cuerpo abisma  
Vida al espíritu dar?

¿Quién sabe si de la mísera,  
 Á eterna quietud sujeta,  
 Consigue la mente inquieta  
 Otra existencia encontrar?

En uno de esos momentos  
 De silencioso delirio  
 La dama, al ver su martirio,  
 Lanza un grito de aflicción.

Luz estremécese al punto,  
 Cual si aquella voz tan cara  
 Escondido un eco hallara  
 En su helado corazón.

Melancólica sonrisa  
 Vaga por sus labios yertos,  
 Y sus ojos entreabiertos  
 Quieren en torno mirar;

Alza las crispadas manos,  
 Exhala suspiro leve,  
 Y se agita y se conmueve  
 Cual si quisiera llorar.

Mas cesa á poco la crisis  
 Del fatal sonambulismo,  
 Y torna en el hondo abismo  
 De su silencio á caer.

Cierra los rasgados ojos,  
 Baja los brazos inerte,  
 Y claro sello de muerte  
 En su faz tórnase á ver.

«¡Salvadla!» benignos gritan  
 Sus egregios protectores,  
 Y á su lado los doctores  
 Acuden con vivo afán.

Á deliberar se unen,  
 Y el más anciano al concurso  
 Dice en pausado discurso,  
 Que aprobando todos van:

«Aun es niña: si el acento  
 De amantes deudos oyese;  
 Si el aire puro volviese  
 De su valle á respirar;

Si renacer consiguieran  
 Sus dormidas afecciones  
 Y en constantes emociones  
 Rompiese al fin á llorar,

Salvárse; que á la ciencia  
 La natura no concede  
 Los triunfos que de ella puede  
 Alcanzar la juventud.»

Tal dice: su plan propone,  
 Que sensato consideran,  
 Y, unidos todos, esperan  
 Devolverle la salud.

## EL AVE PRISIONERA

(LEYENDA)

---

### PARTE III.

#### I

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Tienen medida  
 Esas horas sin alba y sin ocaso  
 Que elevan el espíritu á otra vida,  
 La existencia real borrando acaso?  
 ¿Pudíeralas contar el alma herida  
 Por la fiebre traidora, que á su paso  
 La envuelve en sombras de mortal sosiego  
 Ofreciéndole al par alas de fuego?

#### II

Júzgase Luz dichosa: ya realiza  
 Cuanto soñar pudiera su esperanza,  
 Y ráuda su existencia se desliza  
 Cercada de perenne bienandanza.

Ya es noble dama: con benigna mano  
 Su protectora la elevó á su altura,  
 Y diadema de brillo soberano  
 Destinó al fin para su frente pura.

En un palacio portentoso mora,  
 De las artes grandioso monumento,  
 Donde todo el encanto se atesora  
 Que pudo ambicionar su pensamiento.

Al más extraño júbilo se entrega;  
 Su opulenta mansion muda examina:  
 Por donde quiera que anhelante llega  
 El lujo la arrebató y la fascina.

Aquí una estancia muéstrase á su paso  
 De pérsicos divanes rodeada,  
 Donde llegar la luz no logra acaso  
 Por cortinaje espléndido velada:

En ella perfumado es el ambiente,  
 Voluptüosa languidez se anida,  
 Y el lento arrullo de apacible fuente  
 Á blando sueño sin cesar convida.

Cubierta de magníficos espejos  
 Otra en breve á sus ojos se presenta,  
 Adonde en cien cambiantes y reflejos  
 Pura del sol la claridad se aumenta.

Empero su agitada fantasía  
 Con doblada inquietud tiende las alas  
 Al recorrer grandiosa galería  
 Donde el arte adunó todas sus galas.

Retratos infinitos la enriquecen:  
 Del pincel á la magia allí evocados,  
 Ilustres personajes aparecen  
 Cual para grande fiesta congregados.

Cien damas de empolvada cabellera  
 Con tal verdad se muestran á sus ojos,  
 Que al contemplarlas escuchar espera  
 El dulce acento de sus labios rojos.

Con placer infantil ella las mira;  
 Ora se acerca y sus ropajes toca,  
 Ora el rostro volviendo se retira,  
 Ya otra vez llega de entusiasmo loca.

Acaso anhela hablarles, quizás vana  
Quiere imitar su altivo continente,  
Y en necia aspiracion eleva ufana  
Con noble majestad su altiva frente.

Y ¿cómo nó? Cual ellas, en la cumbre  
Mírase del poder y la grandeza,  
Y la aplaude en redor la muchedumbre,  
Que sus timbres envidia y su riqueza.

¿Dónde ventura igual, si al fin advierte,  
Vida al hallar sus locos devaneos,  
Que por raro capricho de la suerte  
La realidad supera á sus deseos?

¿Es completa su dicha? ¿Lo es su gloria?  
Ella lo juzga; mas de pronto cesa  
Tal conviccion, volviendo á su memoria  
La perenne ansiedad de la Princesa.

Recuerda que entre el fausto y poderío  
Digna de compasion le parecia;  
La tristeza recuerda y el vacío  
Que aquel tan noble corazon sentia.

Afligida tambien ella padece:  
Idéntica inquietud quizás la exalta:  
Del bien más puro que la tierra ofrece  
Su existencia sufrir debe la falta.

Elevarse no pueden á su altura  
De la amistad los bienhechores lazos.  
¿Dónde hallará quien goce en su ventura,  
Ni quien le tienda en el pesar los brazos?

¿Qué le importan ruidosas ovaciones,  
Si los vivos aplausos que recibe  
No emanan de leales afecciones,  
Si entre lisonjas engañada vive?

Ya puede al eco de fatal idea,  
Cual su señora, repetir sin calma:  
«Ante la multitud que me rodea  
¡Qué horrible soledad la de mi alma!»

Al deslizarse las pausadas horas  
¡Cuánto su aspiracion en ellas muda!  
Ya las frases escucha halagadoras  
Con la amarga sonrisa de la duda.

Sabe que de glacial indiferencia  
 La hace objeto la turba cortesana;  
 La misma que despues en su presencia  
 En demostrarle su adhesion se afana:

Sabe que la ambicion con fin bastardo,  
 Al perseguirla, su poder inquiere:  
 Sabe que apresta su invisible dardo  
 La odiosa envidia y á traicion la hiere.

Con sigilosa prevencion escucha  
 Ya al pueblo todo, y por mayor castigo  
 Le arredra confundir en sorda lucha  
 Acaso al bueno con el falso amigo.

Y de mortal incertidumbre presa,  
 Buscar quiere y decir á su señora  
 Que su envidiada posicion le pesa,  
 Y su misma grandeza la devora.

En distante salon ya la divisa;  
 Llega afanosa á su presencia en breve,  
 Mas la hiela su irónica sonrisa;  
 Quiere auxilio pedirle y no se atreve.

¡Es tarde! Vano quedará su ruego;  
 Desconsolada su ambicion deplora:  
 En el llanto buscar quiere sosiego,  
 Y á su pesar la misera no llora.

## III

En vano hallar intenta  
 La jóven aldeana  
 Consuelo en el retiro  
 De su soberbia estancia.

Las horas no son suyas,  
 El mundo las reclama,  
 El mundo, que sin tregua  
 La aplaude y agasaja.

Grandeza las reuniones  
 Con su presencia alcanzan;  
 Y todos tener juzgan  
 Derecho de invitarla.

Y no excusarse debe,  
La sociedad lo manda:  
Su falta de asistencia  
Enconos despertara.

Ni un día de sosiego,  
Ni un solo instante alcanza  
En que esquivar consiga  
Su servidumbre infausta.

Si en público preséntase,  
De todos las miradas,  
Fijas por siempre en ella,  
La abruman y anonadan.

Contempla que en seguirla  
Curiosos mil se afanan;  
Que cércanla incansables,  
Sedientos de escucharla:

Siendo, ya en vituperio,  
Ó bien por alabanza,  
De eternos comentarios  
Objeto sus palabras.

¡Cómo tal certidumbre  
La humilla y acobarda!  
¡Cuál sufre sin que término  
Encuentre á su desgracia!

Llorar, llorar mil veces  
Anhela acongojada;  
Alivio así hallarian  
Quizas sus mudas ansias.

El corazon oprímele  
Y anuda su garganta  
El llanto que pudiera  
Benéfico salvarla.

Empero nó á sus ojos,  
Que oculto fuego abrasa,  
El vivo raudal llega  
De sus copiosas lágrimas.

Es noche de gran fiesta:  
La turba cortesana  
De Luz en torno rinde  
Aplausos á sus gracias.



En su salón magnífico,  
 Cual reina, ataviada  
 Encuéntrase la jóven  
 Entre sus nobles damas.

Acaso su hermosura  
 Adornos cien realzan;  
 Mas ¡cuál la mortifican  
 Sus portentosas galas!

El traje y luengo manto,  
 Que perlas y oro esmaltan,  
 Con insufrible peso  
 La rinden y anonadan:

Y es la diadema espléndida,  
 Que al vulgo envidia causa,  
 Como candente hierro  
 Que sus sienes abrasa.

En tan crüel tortura  
 Recuerdos mil la asaltan:  
 La dicha de su aldea,  
 La paz de su morada,

Padres, amigos, deudos,  
 Encanto de su alma,  
 El sincero cariño  
 Que á todos inspiraba....

Y ahora.... Mas si adivinan  
 Lo que en su mente pasa,  
 De mofa triste objeto  
 Acaso se encontrara.

Ya cuantos halla en torno  
 La vista en ella clavan....  
 ¡Cuál sufre! ¡Cuál la oprimen  
 Con su tenaz mirada!

La fiebre la devora,  
 Firmeza y voz le faltan,  
 ¡Y á sonreír á todos  
 Contéplase obligada!

En tanto á sus oídos  
 Llega, del viento en alas,  
 Un canto que parece  
 El eco de sus ansias.

*«¿De qué le sirve al cautivo  
Tener los grillos de plata  
Y las cadenas de oro  
Si la libertad le falta?»*

Cantor desconocido  
Así en breves palabras  
Logró expresar la pena  
Que al poderoso asalta.

¡Cuál ella lo comprende,  
Y cómo, al verse esclava,  
Su libertad perdida  
En recobrar se afana!

¿Qué importa que le envidien  
La cadena que arrastra,  
Si más por ser de oro  
Su peso la maltrata?

¿Qué aguarda en su grandeza?  
¿Qué dicha en ella alcanza?...  
No más ocultar debe  
Las penas que la matan.

El llanto, sólo el llanto  
Alivio le prestara....  
Agítase impaciente  
Y por llorar se afana;

Mas ¿qué importa su anhelo,  
Si por mayor desgracia  
No acuden á sus ojos  
Las bienhechoras lágrimas?

## IV

No hay esperanza: la fiebre  
Tendió sus alas de fuego;  
En letal desasosiego  
Sin treguas debe sufrir.

Ninguno el dogal aparta  
Que sobre su cuello pesa:  
Quizás la misma Princesa  
La ve impasible morir.

«Conducidme» decir quiere  
 «Á mi lejana campiña,  
 Y en mis recuerdos de niña  
 Dulce alivio encontraré:  
 Romped las doradas rejas  
 De mi envidiado palacio,  
 Y en más dilatado espacio  
 Libre el vuelo tenderé.

Cesen ya las vanidades  
 Á toda dicha contrarias:  
 ¡Atrás, turbas mercenarias,  
 Que me seguís sin cesar!  
 Desdeñando la grandeza,  
 Que me oprime y aniquila,  
 Quiero descansar tranquila  
 Á la sombra de mi hogar.»

Así exclamar ambiciona  
 En el afán que la exalta,  
 Mas voz á sus labios falta,  
 Aliento á su corazón;

Y silenciosa inclinando  
 La faz, al dolor sumisa,  
 Logra con dulce sonrisa  
 Velar su amarga aflicción.

En grata aurora de Mayo,  
 Entre servidores ciento,  
 Dirígese á paso lento  
 Á dilatado verjel.

Sosiego busca su alma  
 En tan grato paraíso,  
 Mas le aguarda de improviso  
 Extraño suceso en él.

En anchurosa avenida,  
 Que entolda espeso follaje,  
 Blasonado carruaje  
 Dispuesto para ella vió.

Á él la suben: la carroza  
 Es que en tiempo no lejano  
 Pompas del orgullo humano  
 Á su mente presentó.

En torno mirar figúrase  
 Bellas damas y donceles,  
 Que en poderosos corceles  
 Risueños llegando van;  
 Y en extensa comitiva,  
 Á caminar ya dispuesta,  
 Cual para grandiosa fiesta  
 Su séquito formarán.

Ella sin vigor reclinase  
 En los ricos almohadones;  
 Oye piafar los bridones,  
 Sedientos ya de partir.  
 Acentos vagos escucha  
 Cual de tierna despedida,  
 Y oye voz harto querida  
 Doliente «¡adios!» repetir.

¿Dónde acaso la conducen...?  
 Tal pensamiento la asombra.  
 ¿Sueña? ¿La ofusca la sombra  
 De extraña alucinación?

Empero ya del auriga  
 Cruje el látigo estridente;  
 De las ruedas oye y siente  
 La ruidosa rotación.

¡No es sueño!... ¿Dónde la llevan?  
 Tan horrible incertidumbre  
 Acrece la pesadumbre  
 Que la hiere sin cesar.

Con ansias látele el pecho,  
 Tiemblan sus labios convulsos,  
 Siente de llorar impulsos  
 Y no consigue llorar.

Pasó algun tiempo. La jóven  
 Aún se juzga esclavizada,  
 Mas espera resignada  
 Hallar á sus males fin:  
 Que ya alcanza, por su dicha,  
 Luengas horas de reposo  
 En pabellon silencioso  
 De su risueño jardín.

Venturosa, no ya en vano  
 Alivio demanda al sueño:  
 De su plácido beleño  
 Rendida al influjo está.

Ya, tras el sopor süave  
 Que del insomnio la salva,  
 Despierta y juzga que el alba  
 Encantos le brindará.

Siente que allí de sus valles  
 Le lleva el aura festiva  
 De la agreste siempreviva  
 El aliento bienhechor;

Y aquel aroma despierta,  
 Al par que su fiebre calma,  
 Recuerdos mil en su alma  
 De bienandanza y amor.

Juzga que seres queridos  
 En quedas voces la halagan,  
 Y á su lado lentos vagan  
 Con cariñosa ansiedad;

Siente que pausada mano  
 La suya en silencio oprime,  
 Que en su sien ósculo imprime  
 Benéfica la amistad.

Cual de profundo letargo  
 Volviendo, duda su mente  
 Si cuanto en redor presente  
 Es realidad ó ilusion:

Incorpórase en el lecho,  
 El sudor su frente baña,  
 Presa de emoción extraña  
 Palpita su corazón.

Los ojos, que largos días  
 Veló profundo desmayo,  
 Abre de improviso al rayo  
 Del esplendor matinal:

Ábrelos, y agudo grito  
 Lanza, que asombro denota....  
 ¡Ya de sus lágrimas brota  
 El comprimido raudal!

## V

Encuétrase en su estancia,  
 Se halla en su lecho,  
 Sus amigas la cercan....  
 ¡Qué dulce sueño!  
 Mas no duerme. Á su oído  
 Llega voz grata;  
 Es Ramiro, que absorto  
 Dice al mirarla:

«Abre tus dulces ojos,  
 Lloro, Luz mía,  
 Que esas lágrimas pueden  
 Darte la vida.  
 ¡Benditas lágrimas,  
 Que reanimar consiguen  
 Nuestra esperanza!

En tu hogar ya te cerca  
 Nuestro cariño....  
 Presa de aguda fiebre,  
 ¡Cuánto has sufrido!

Una tras otra aurora  
 Corrieron rápidas;  
 Tus congojas mortales  
 Nunca cesaban.

—Si no llora,—los médicos  
 Tristes decían,—  
 Es acaso imposible  
 Salvar su vida.—

Grandes de tus delirios  
 Eran las ansias,  
 Mas tus ojos cerrados  
 Siempre y sin lágrimas.

Con afán nuestras preces  
 Tristes se unieron,  
 Á Dios para tí el llanto  
 Siempre pidiendo.

Al fin sin duda el ángel

Que fiel te guarda,

Tan celestial rocío

Trajo en sus alas;

Y hoy tus azules ojos,

Por vez primera,

Se abrieron derramando

Líquidas perlas.

Al mirarte, con júbilo

Todos clamamos:

—¡Gracias, Dios de clemencia,

Ya se ha salvado!—

Abre tus dulces ojos;

Llora, Luz mía,

Que esas lágrimas pueden

Darte la vida.

¡Benditas lágrimas,

Que reanimar consiguen

Nuestra esperanza!»

Silenciosa la jóven

Á todos mira;

En su padre los ojos

Trémula fija;

Mas la vista impaciente

Vuelve á otro lado....

Busca á su tierna madre....

¡Búscala en vano!

Aquel lenguaje mudo

Comprende el viejo,

Y en silencio la diestra

Tiende hácia el cielo.

«¡Muerta! De mis delirios

Tú has sido víctima....

¿Qué espero ya en el mundo?

¡Ay madre mía!»

Dice y llora. Sus deudos

Silencio guardan.

¿Dónde hay frases que alivien

Duelos del alma?

## VI

Un año más tarde, triste,  
Sin festejos y sin pompa,  
De la huérfana y Ramiro  
Celebrábase la boda.

Apénas llegó en la iglesia  
Á su fin la ceremonia,  
Cerrada carta el buen párroco  
Entregó á la nueva esposa.

Ella, al abrirla, vió el nombre  
De su querida señora,  
Y ante sus absortos deudos  
Leyó con voz temblorosa:

«Niña, que á mi lado hallaste  
En vez de favor castigo,  
Si á su pesar fué contigo  
Tan crüel mi corazón,

Torna de nuevo á la estancia  
De tus buenos protectores,  
Y encontrarán tus dolores  
Debida compensacion.

El fiel esposo que el cielo  
Hoy te concede benigno,  
Por nosotros, puesto digno  
De su talento hallará;

Y, aunque sin el regio fausto  
Que soñó tu inexperiencia,  
Encumbrada tu existencia  
Entre dichas correrá.

Venid ámbos: no os arredre  
La humildad de vuestra cuna:  
Conquista el saber fortuna,  
Blasones la ilustracion;

Y esos nobles sentimientos  
De que podeis ufanaros,  
Quizás de timbres preclaros  
Signos precursores son.



Espíritu que se encumbra  
 Ancho horizonte desea:  
 Ya en esa mísera aldea  
 Dichas no hallaréis jamás.

Vén: acatado Ramiro  
 Será cual cumple á su anhelo,  
 Y tú de bondad modelo  
 En mis salones serás.»

Cesó de leer. En nombre  
 De la egregia protectora,  
 Pidió el buen cura á su carta  
 Contestacion franca y pronta.

Luz alejóse en silencio:  
 Correr viéronla afanosa  
 Al cementerio vecino  
 Todos con mortal zozobra.

Á él llegó, y arrodillada  
 De su madre ante la fosa,  
 Exclamó con ese acento  
 Que viva emocion denota:

«Si dar término á tu vida  
 Mi ambicion infausta pudo,  
 Ahora que de nuevo acudo  
 Á demandarte perdon,  
 Entre el llanto, madre mia,  
 Que mis dolores expresa,  
 Quiere sagrada promesa  
 Hacerte mi corazon.

Al pié de esta cruz lo juro:  
 Jamás por mí abandonada  
 Será la humilde morada  
 Donde la existencia hallé;  
 Y á los seres que confia  
 Á mis cuidados el cielo,  
 Inquebrantable en mi anhelo  
 Consagrada viviré.

¡Padre! ¡Ramiro! Costosa  
 En verdad fué mi experiencia;  
 Mas la clave de alta ciencia  
 Logré por ella encontrar,

Comprendiendo que si existe  
 En la tierra bienandanza,  
 Sólo es la paz que se alcanza  
 Á la sombra del hogar.

Á mis buenos protectores  
 Decid, pues, benigno anciano,  
 Que si no despierta en vano  
 Mi aletargada razon,

Permitan que ensordeciendo  
 Á su oferta, que me halaga,  
 Noble deuda satisfaga  
 Mi apenado corazon.

Mas decidles que esculpidas  
 Por siempre en el alma llevo  
 Cuantas pruebas de amor debo  
 Á su fiel solicitud;

Que evocaré su memoria  
 Sin cesar en el retiro,  
 Y eco será mi suspiro  
 De perenne gratitud.»

Seguir no pudo: su lengua  
 Anudó letal congoja.  
 Todos calmar anhelaban  
 Su ansiedad aterradora.

El buen párroco, del suelo  
 Compasivo levantóla,  
 Y al acompañarla, en breve  
 Dijo con voz cariñosa:

«Ya que por triste retiro  
 Truecas del mundo las pompas,  
 De tus señores acepta  
 La dádiva generosa.»

Y en bello estuche de ébano,  
 Incrustado de oro y concha,  
 De viejo libro mostrando  
 Las amarillentas hojas,

Añadió: «Hé aquí los títulos  
 Que por tu dicha te nombran  
 De dilatadas comarcas  
 Legítima poseedora.

¡Ramiro, Luz, ya sois ricos!  
 Mas un consejo me toca  
 En nombre de la Princesa  
 Daros benéfico ahora.

No os envanezcáis. Que nunca  
 La ociosidad vergonzosa  
 Haga inútiles los bienes  
 De que la fortuna os colma.

Sed buenos; sed laboriosos:  
 De la pereza á la sombra  
 Inagotables veneros  
 De pena y desdichas brotan,

Y es el amor al trabajo  
 Del cielo chispa creadora,  
 Que á la humanidad ofrece  
 Salud, bienandanza y honra.

Velad, velad incansables,  
 Y esa heredad que os otorgan,  
 Á vuestros hijos y nietos  
 Llegue tan crecida y próspera,

Que, venturosos juzgándose,  
 Bendigan á toda hora  
 De tan altos protectores,  
 Cual vosotros, la memoria.

Tal pide la egregia dama:  
 Niña, su voz no desoigas;  
 De secundar sus deseos  
 La noble mision te toca.

Cúmplela. Si ser no pudo  
 Tu ilustracion ilusoria,  
 En camino tan difícil  
 Ella te sirva de antorcha;

Y hallen los amantes seres  
 En quienes fundes tu gloria,  
 Consejo fiel en tus labios,  
 Ejemplo digno en tus obras.

Por sus bondades merezcan  
 Tus hijos respeto y loa,  
 Que de la mujer honrada  
 Esa es la mejor corona.»

Dijo. La jóven fué siempre  
 Modelo de hijas y esposas;  
 Y, expiacion digna buscando,  
 Severo juez de sí propia,

Saber hizo los errores  
 De su mente soñadora:  
 Al par que sus triunfos vanos  
 Contó sus mudas congojas.

Escuchada con cariño  
 Vióse en la comarca toda,  
 Y hoy de EL AVE PRISIONERA  
 No hay quien ignore la historia.

## EPÍLOGO

—¿Vive la jóven?— tras silencio breve  
 El caminante demandó á la anciana.—  
 ¿En su destierro á proseguir se atreve,  
 De la atmósfera huyendo cortesana?

= Su palabra cumplió, mas ya no existe....  
 No es existir el soplo que la agita, =  
 Dijo, y siguió desanimada y triste:  
 = Su espíritu no más en mí palpita.

Soy la mísera Luz. Á mi memoria  
 La imágen de otra edad ha renacido,  
 Hoy que anhelo tender sobre mi historia  
 El benéfico manto del olvido.

Cambió mi sér, mi juventud ha muerto,  
 En recuerdos trocóse mi esperanza:  
 Soy vaga sombra que con paso incierto  
 Hacia el final de su camino avanza.

Rotos uno por uno ví los lazos  
 Que en la tierra formaron mis amores:  
 Mi anciano padre falleció en mis brazos;  
 Siguiéronle Ramiro y mis señores.

Debí, pues lo ordenó la Providencia,  
 De mis huérfanos ser única egida:  
 Llevo al morir la paz en la conciencia;  
 Mi sagrada mision ya está cumplida.

¡Viajero, perdonad! Gratas escenas  
 Esperábais tal vez en mi relato,  
 De las familias al hablar que ajenas  
 Aquí vivieron al humano trato.

Y yo, pintar ansiando la amargura  
 Que del magnate el corazón oprime,  
 Al par mostré la inmensa desventura  
 Del que olvidado en la indigencia gime.

Envidiásteis quizás el aislamiento  
 Y la suma ignorancia en que yacimos,  
 Sin sospechar el hondo desaliento  
 Y la pobreza que sufrir debimos.

No deploreis que agrestes soledades  
 Hoy en centros de vida se conviertan:  
 Olvidando pasadas ansiedades,  
 Sus hijos ya de la inacción despiertan.

Fué su antigua quietud signo de muerte;  
 Fué testimonio de fatal desidia:  
 Hoy al pueblo admirad que, digno y fuerte,  
 Contra el rigor del infortunio lidia.

No mira en su heredad campos incultos  
 Coronados de espesos matorrales,  
 Ni insalubres pantanos halla ocultos  
 En el fondo de yermos arenales.

De su anhelado bien sonó la hora;  
 Á él dirigió la ilustración los ojos:  
 La ilustración, cual hada bienhechora,  
 Supo trocar en flores los abrojos.

Por ella en breve, de fragancia lleno,  
Ornaba el pino las movibles dunas  
Y el hondo valle que entre musgo y cieno  
Ocultaba mortíferas lagunas.

Bajo sus copas, que al mecerse unidas  
Simulaban del mar el oleaje,  
Plantas mil levantábanse escondidas  
Extendiendo risueñas su follaje:

Y el mísero confía, ántes desnudo  
Y condenado á perenal holganza,  
Al despertar de su letargo pudo  
Alentar de los pobres la esperanza.

No descuella el olivo: no cimbrean  
Aquí las palmas, ni en estivos meses,  
Cual en comarcas fértiles, ondean  
Extensos llanos de doradas mieses;

Mas si injusto con ella fué el destino,  
Buscando á su aridez compensaciones  
Hoy al trabajo abrir ámplio camino  
Consiguen tan estériles regiones.

¡Gloria al pinar! La esencia de su vida  
Los firmes troncos á la industria ofrecen,  
Y, esperanza á la vez dando cumplida,  
Gallardos los renuevos aparecen.

Ya de sus ramas á la fresca sombra  
Consiguen anidar los ruiseñores,  
Y del césped crecer entre la alfombra  
Útiles plantas y vistosas flores.

Hierbas halla el cordero en abundancia  
En los prados ya libres de zarzales,  
Y la abeja esa miel rica en fragancia  
Que acrecienta el valor de sus panales.

Bendiciones sin fin halló la hora  
Que á remediar nuestras desgracias vino,  
Tornó despues el hada bienhechora,  
Y bienes más colmados nos previno.

El valor acreciendo de sus dones,  
Ansiadas puertas al comercio abria,  
Nunciadora de bien, sus eslabones  
Aquí tendiendo la ferrada via....

Perdonad otra vez: trueco insensata  
 En realidad vuestro apacible sueño:  
 La realidad no empero tan ingrata  
 Es cual la pintan con tenaz empeño.

Y si escenas aquí ya no aparecen,  
 Églogas recordando de Virgilio,  
 Venid á contemplar otras que ofrecen  
 Seguros rasgos al moderno idilio.

Venid; declina el sol. Esta es la hora  
 En que, al cruzar los extendidos llanos,  
 Su llegada fugaz locomotora  
 Anuncia por los pueblos comarcanos.

Cruza en el seno de floresta verde  
 Cual entre muros la ferrada vía:  
 Por la distancia ved cómo se pierde  
 Á nuestros ojos en lejana umbría.

El frondoso pinar que le abre paso  
 Por leguas infinitas se dilata,  
 Y ópimos bienes le prodiga acaso,  
 Ofreciéndole al par su sombra grata.

Ya del ansiado tren, aunque distante,  
 Suena el fragor de las múltiples ruedas,  
 Y el eco su silbido penetrante  
 Repite por collados y veredas.

Su detencion avisa la campana  
 Á las vecinas chozas y alquerías....  
 Ved esa muchedumbre cuál se afana  
 En aprestar las pingües mercancías.

Mirad en derredor. Trocado vése  
 Todo el recinto en bulliciosa feria....  
 Nó su tumulto á nuestras almas pese;  
 Él nos salva, Señor, de la miseria.

Como compensacion, ved allá léjos  
 De estas comarcas la belleza suma,  
 Cuando del sol los últimos reflejos  
 Lentos se apagan tras la densa bruma.

Descanso á los activos labradores  
 La tarde ofrece al espirar tranquila:  
 Del rebaño que deja los alcores  
 Óyese el són de la pausada esquila.

Labriegos é industriales numerosos  
Abandonan unidos los pinares;  
Los grupos ved de jóvenes dichosos  
Que regresan cantando á sus hogares.

Suena un tañido que á rezar invita,  
La multitud descúbrese la frente;  
Mirad esos ancianos que á la ermita  
Dirígensse con planta diligente.

Mis hijos son. Benéfica el ejemplo  
Mostrarles supe de su digno padre,  
Y hoy con júbilo santo los contemplo  
Honrar las canas de su triste madre.

Á la holganza jamás se abandonaron;  
Seguro bienestar, justos honores,  
Probos é infatigables conquistaron,  
Cual quisieron mis altos bienhechores.

En ámbos siempre mis recuerdos fijos  
Realizo al fin su pródigo deseo:  
Hoy llegar á los hijos de mis hijos  
Sus heredades florecientes veo.

Del digno prócer y la egregia dama  
Oyen mis nietos con amor la historia,  
Y en el santo cariño que me inflama  
Á bendecir aprenden su memoria.

Yo les señalo conmovida al cielo;  
Juzgo que allí piadosos les sonrien  
Cuantos me amaron, si con vivo anhelo  
Tierna les pido que su pasos guien.

Y repito al alzar los yertos brazos:  
Como sello del Dios único y fuerte  
¡Benditos, caridad, tus dulces lazos,  
Que no consigue desatar la muerte!

Mas os llama ya el tren. Adios: si vana,  
Extranjero, no fué mi pobre historia,  
Repetid al recuerdo de esta anciana  
En vuestra noble y aplaudida tierra:  
«La ciencia toda de la dicha humana  
En el trabajo y la virtud se encierra.»=

FIN



## NOTA

Algunos de estos versos y de los que anteceden, puestos en boca del pueblo, son en parte imitados del siguiente epitalamio que cantaban en sus bodas los habitantes de las Landas.

Nous avons une belle épousée;  
Nous voulons un époux aussi beau.  
Sa mère a surveillé sa toilette;  
Et les donzelles, pour la parer,  
Ont oublié leurs propes atours.

Son œil est noir et doux,  
Doux comme un rayon de la lune;  
Et pourtant il est plus brillant  
Qu'au soleil levant la goutte de rosée,  
Pendue à la bruyère du chemin.

Ses joues sont brillantes de jeunesse,  
Roses comme le coquelicot des champs;  
Les jeunes gens sont émus en la voyant,  
Et les vieillards rappellent leurs doux souvenirs,  
Les souvenirs de leurs jeunes années.

Chantez l'épousée, jeunes filles,  
Votre tour viendra d'être chantées;  
Semez le buis à pleines mains,  
Et jonchez de ses rameaux verts  
Le chemin qu'elle doit parcourir.

Nous avons une belle épousée,  
Nous voulons un époux aussi beau.  
S'il n'est le premier de ceux de son âge,  
Si sa mère n'a versé sur lui de douces larmes,  
Des larmes d'orgueil et de bonheur;

Si sa taille n'est aussi élancée  
 Que la tige flexible de la brande,  
 Son bras nerveux, comme le cep de la vigne,  
 Le cep embrassant d'une étreinte amoureuse  
 La branche tortue du pommier;

Si les jeunes filles en rougissant  
 N'ont envié le bonheur de l'épousée,  
 Nous ne le voulons pas pour époux,  
 Car nous avons une belle épousée,  
 Nous voulons un époux aussi beau.

Pourquoi sur ton front, mon épousée,  
 Tremblent les boutons de ta couronne?  
 Il n'est pas bien dur de dire *oui*;  
 Une fois dit, il te paraîtra doux  
 Et tu voudras le répéter toujours.

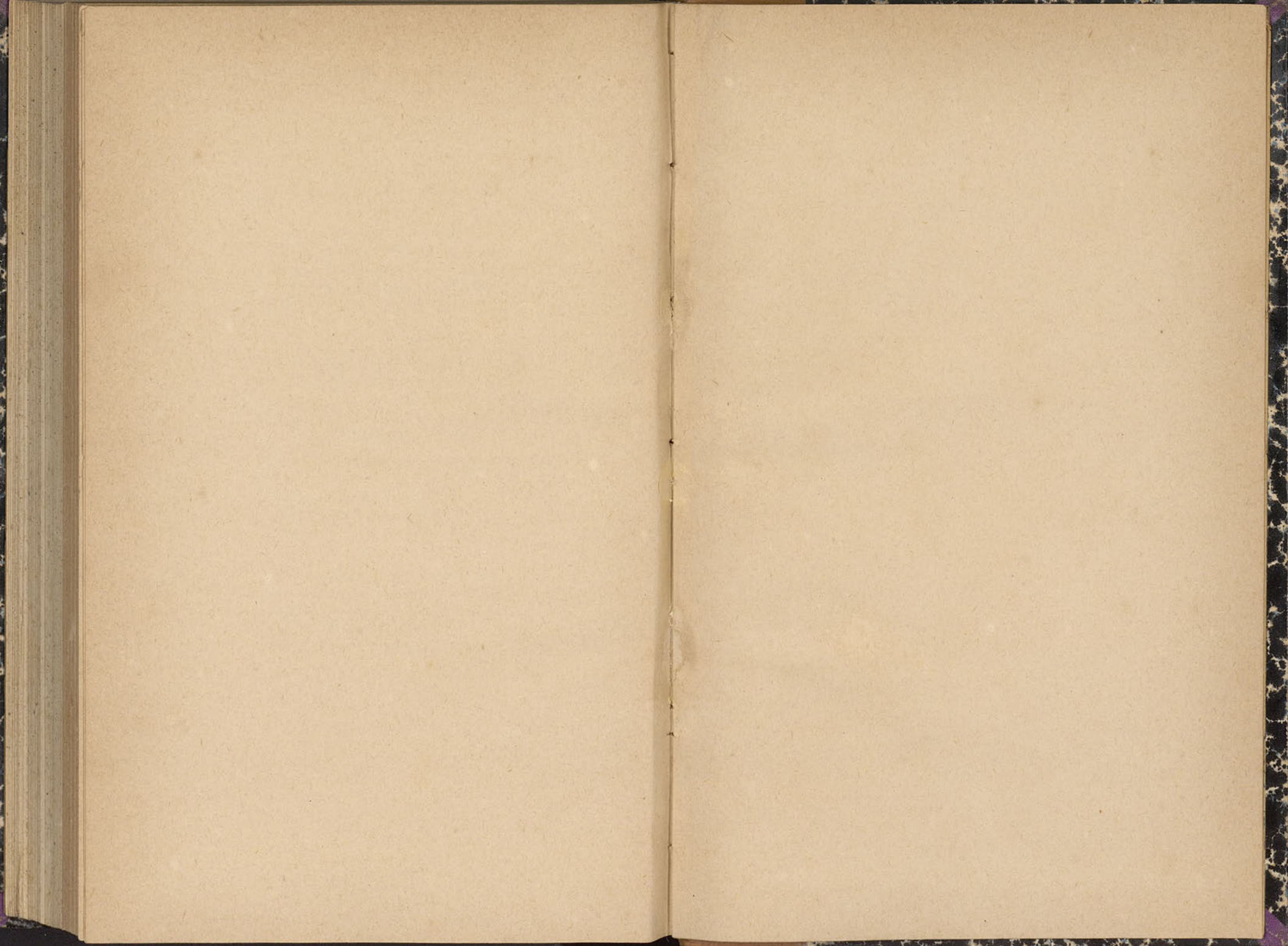
Le rossignol le dit dans les buissons,  
 Le merle sur la plus haute branche.  
 Le monde a commencé par un *oui*,  
 Et jusqu'à ce que l'on dise *non*,  
 Jamais le monde ne finira.

Pour faire un berceau sur ta tête  
 Le chêne courbera ses vieilles branches,  
 La bruyère baisera la trace de tes pas,  
 Et l'acacia embaumera les airs  
 Des ses fleurs blanches et parfumées.

(*Guide de Bordeaux à Bayonne,*  
 par ADOLPHE JOANNE.)

## INDICE

	<u>PÀGS.</u>
El Alma de Garibay. (Leyenda) . . .	1
El Ave Prisionera. (Leyenda.) . . .	121
Nota. . . . .	163



99A20

2 TS.  
OPERA COMPLETA.

4.500.-

